

MURALLAS FENICIAS DE OCCIDENTE. UNA VALORACIÓN CONJUNTA DE LAS DEFENSAS DEL CERRO DEL CASTILLO (CHICLANA, CÁDIZ) Y DEL CABEZO PEQUEÑO DEL ESTAÑO (GUARDAMAR, ALICANTE)¹

Paloma Bueno Serrano/Universidad de Cádiz

Antonio García Menárguez/Museo Arqueológico de Guardamar del Segura

Fernando Prados Martínez/ Universidad de Alicante

Resumen

En estas páginas vamos a realizar un estudio y valoración de conjunto de las fortificaciones de dos enclaves fenicios arcaicos localizados en dos espacios geográficos de máximo interés para el estudio de la presencia colonial en el ámbito hispano: el Cerro del Castillo de Chiclana de la Frontera (Cádiz) y el Cabezo Pequeño del Estaño de Guardamar del Segura (Alicante). Ambos ejemplos son, hasta el momento, los dos únicos conocidos en suelo español que presentan unas murallas de compartimentos, casernas y casamatas de tipología y modulación oriental. Este tipo de fortificación se generalizó en los ambientes costeros de sirio-palestina desde el Bronce Medio y, según se desprende de los datos que aquí se presentan, fue trasladado al extremo occidente a lo largo del siglo VIII a.C., en un momento en el que la empresa comercial fenicia necesitaba de una arquitectura flexible, casi inmediata y eficaz, tanto militarmente como para el almacenaje de productos.

Palabras Clave: Fenicios, península Ibérica, Bahía de Cádiz, desembocadura del río Segura, murallas de casamatas, colonización, comercio.

Abstract

In these pages we will carry out a study and comprehensive assessment of the fortifications of two archaic Phoenician enclaves located in two geographical areas of maximum interest for the study of Colonial presence in Iberia: the Cerro del Castillo (Chiclana de la Frontera, Cadiz) and the Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura , Alicante). Both examples are, so far, the only known on occident presenting casemate-walls and phoenician modulation. This type of fortification is developed in the coastal environments of Syrian-Palestinian from the 12th century B.C. and they were moved to the extreme West during the 8th century BC, at a time where the Phoenicians needed a flexible, almost immediate and very effective architecture, both militarily and for storage.

Key Words: Phoenicians, Iberian peninsula, Bay of Cadiz, Segura's River Mouth, casemate walls, colonization, trade.

1 Artículo recibido el 17-10-13 y aceptado el 21-01-14

INTRODUCCIÓN

Pocas cosas resultan más elocuentes que el estudio de las formas arquitectónicas para adentrarse en la personalidad de una sociedad y la cultura arquitectónica fenicia reflejó perfectamente el carácter y la particular idiosincrasia de este pueblo mediterráneo. En el trabajo nos centraremos en el análisis de un tipo concreto de fortificación; estudiaremos el desarrollo en el extremo occidente de un modelo constructivo bien conocido desde la Edad del Bronce en oriente; un esquema defensivo que jamás había sido visto en el solar de la vieja Tartessos antes de la llegada de los fenicios.

Las fortificaciones que desarrollaron los comerciantes venidos de oriente estaban motivadas por la necesidad de proteger fuertemente y con inmediatez asentamientos de carácter empórico, comercial o portuario, al menos en las fases iniciales (s. IX a.C.). Esta “política arquitectónica” fue, de hecho, el reflejo del interés comercial (estatal o privado). La concepción de defensas complejas y la puesta en práctica en este nuevo territorio de occidente de modelos eficaces conocidos antaño en sus tierras de origen fue, sin lugar a dudas, un indicador arqueológico de la consolidación de un proyecto político y comercial a gran escala. Igualmente, la aparición de los fenicios en la península Ibérica, dentro del fenómeno colonial que se inició a partir del siglo IX a.C., hubo de provocar cambios sustanciales en la arquitectura nativa, no sólo en relación con el uso de las técnicas constructivas o los aparejos, sino también en la propia distribución de los asentamientos y en su conversión paulatina en un nuevo modelo urbano.

En las defensas fenicias que se generalizaron en occidente se desarrollaron novedades técnicas instauradas en oriente desde la Edad del Bronce. Además, a los modelos mencionados hay que sumar la necesidad de una funcionalidad específica, basada en el binomio- capacidad de almacenaje / eficacia defensiva-. Asimismo, hay que añadir también la necesidad de inmediatez, de flexibilidad en la adaptación al terreno y el aprovechamiento de los materiales de construcción del entorno, así como el reemplazo de los modelos arquitectónicos defensivos preexistentes que, en muchos casos, fueron incorporados como parte activa de las nuevas defensas (Prados y Blánquez, 2007: 57-58). Igualmente, hubo que adaptar ciertos criterios constructivos a la mano de obra local que debió de encargarse necesariamente de erigir la nueva arquitectura siguiendo indicaciones y referencias de los nuevos colonos. Por esta razón, no debemos buscar en las fortificaciones de tipo oriental de la península Ibérica los cánones de las fortificaciones de oriente (Díes, 2001: 73), como tampoco se debería hacer en otros ámbitos mediterráneos tales como Cerdeña o la costa atlántica africana, regiones éstas de las que nadie duda de la notable presencia cultural fenicia.

La realización de las fortificaciones dio respuesta a necesidades socioeconómicas propias de cada área. Esta actividad respondió a la demanda de protección de los mate-

riales de prestigio y las materias primas que se almacenaban en los enclaves. Paralelamente, configuró también una barrera -desde el punto de vista ideológico- de cara a las poblaciones indígenas, fuesen éstas especialmente beligerantes o no (González Wagner, 2000: 48). Si en el Cabezo Pequeño del Estaño de Guardamar (en adelante CPE) se observan unos modelos arquitectónicos distintivos caracterizados por la ejecución de planes preconcebidos, modulados y tremendamente funcionales, en el Cerro del Castillo de Chiclana (en adelante CDC) observaremos un procedimiento similar. Ambos se ubican en dos zonas de fuerte presencia y significación de la llegada de los fenicios a tierras hispanas, el primero en el área del Bajo Segura, en la provincia de Alicante, y el segundo en la paleo-desembocadura del río Iro, en plena Bahía de Cádiz (Fig.1).

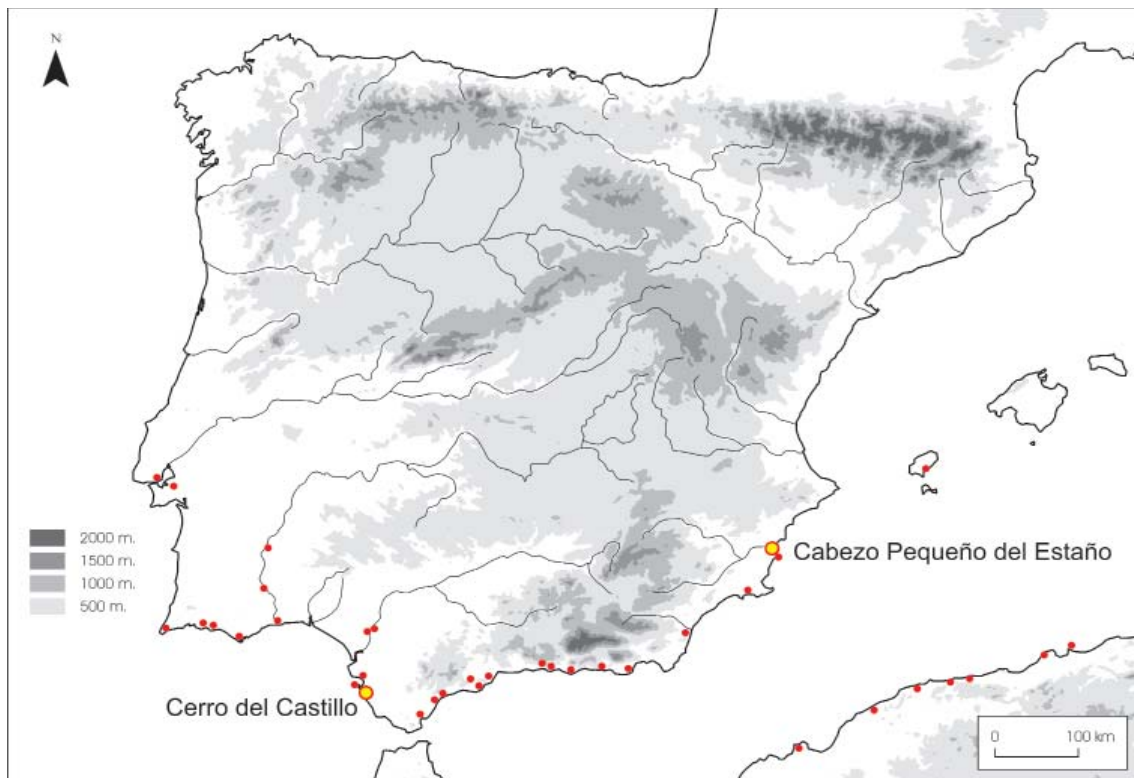


Fig.1- Enclaves coloniales en la península Ibérica (s. IX-VII a. C.) y yacimientos estudiados

PROTOTIPOS ORIENTALES. MURALLAS DE “CASAMATAS” COMO RASGO IDENTITARIO

Comprobará el lector que la elección de estos dos enclaves fortificados contemporáneos, ubicados casi en los dos extremos de las tierras de la colonización fenicia, entre Cádiz y el Levante, no es en nada casual, pues además de ubicarse en sendas zonas de fuerte impacto fenicio, tienen a gala presentar una estructura defensiva de lienzo doble, paralelo y unido por muros transversales a intervalos regulares que generan unos espacios internos denominados casamatas, casernas o compartimentos (véase toda la discusión terminológica y sugerencias al respecto en Montanero, 2008 y para época posterior en López, 2011: 149) si bien la falta de un registro y contexto que subraye una única función impiden, en nuestra opinión, unificar el término. El caso es que estos

“casemate walls” tan bien conocidos en el ámbito cananeo e israelí desde los siglos XI-X a.C. si no antes (detectados ya en el Bronce Medio, hacia 1600-1530 a.C., según Burke, 2008: 61-63), aparecieron en dos asentamientos de similar naturaleza y cronología del extremo occidente, en sendos momentos coincidentes con la llegada de los comerciantes fenicios a nuestras costas.

La construcción de dos lienzos paralelos, notablemente más delgados, era más rápida y menos costosa que la de un único lienzo grueso, que por lo general presentaba problemas estructurales. Las murallas de un único lienzo, sobre todo cuando éste no constaba de una obra de sillares -y este es el caso que nos ocupa, tanto en oriente como en occidente- debía de presentar estructuras en talud para ganar consistencia. Las casamatas evitaban un mayor gasto de material y esfuerzo, y además, habilitaban cuartos en los que la población ganaba espacio útil que podía ser relleno con escombros y basura en momentos puntuales de peligro para ampliar su capacidad defensiva (Herzog, 1992: 271; Burke, 2008: 61-63). Al mismo tiempo, la ubicación de los muros transversales dotaban de una enorme estabilidad a la construcción y evitaban la caída de grandes segmentos de muralla por el llamado “efecto dominó” que solían provocar los abundantes movimientos sísmicos que padecían las zonas de estudio.



Fig.2- Khirbet Qeiyafa. Vista cenital (Foto Garfinkel & Ganor, 2007)

En oriente, las murallas de casamatas aparecen en numerosos poblados, generalmente en aquellos que alcanzan cierto desarrollo urbano y que han sido definidos por la bibliografía al uso como “fortificaciones-granero” por el hecho de aunar, bajo una misma estructura, ese binomio ya citado que combina una amplia capacidad de almacenaje y

una comprobada eficacia defensiva. Estos enclaves aparecen en la costa y en las sierras que delimitan las divisorias de aguas entre la plataforma litoral mediterránea de la costa sirio-palestina y las mesetas elevadas del interior, siempre en las zonas de paso, como no podía ser de otra manera. Aunque ya aparecen en el final de la Edad del Bronce en Megido, en Hazor, en Gezer o en Khirbet Qeiyafa (Fig.2), las veremos activas hasta época romana tal y como se puede comprobar en la célebre ciudad de Massada, que soportó el asedio romano entre los años 72 y 74 (Yadin, 1966).

Para los ejemplos más antiguos del oriente mediterráneo, su estudio se ha abordado por distintos autores partiendo de la premisa de que este tipo de fortificación formó parte de un mismo sistema arquitectónico, es decir, de un modelo de arquitectura defensiva estandarizada de corte colonial. Las murallas de casamatas serían uno de los rasgos comunes y casi identitarios de la cultura arquitectónica propia del área sirio-palestina (Herzog, 1984; Garfinkel y Ganor, 2007 y 2008) y también israelita desde el siglo X a.C. (Yadin *et al.*, 1961). En unos casos, las “casemate wall” aparecen formando parte de las estructuras domésticas adosadas a la muralla (caso de Hadashot) y, en otros, discurren de forma independiente, (Megido, Hazor o Gezer). Estos últimos, muy próximos al tipo documentado en el CPE².

Parece que esta unificación de estilos o de técnicas, más que una cuestión estética, tuvo su razón de ser en la necesidad de defender unos asentamientos de carácter *cuasi* estatal, con problemas demográficos en algún caso, de unos sistemas de ataque y asedio comunes. Este hecho recuerda a la posterior generalización de modelos de defensas en época helenística por todo el Mediterráneo (ss. IV-III a.C.) tales como puertas acodadas, antemurales y fosos, torres de flanqueo, cremalleras, etc., o los *phulactéria*, parientes cercanos de las casamatas, como respuesta también al desarrollo de un nuevo armamento y unas nuevas técnicas de ataque en ese periodo en cuestión (Bendala y Blánquez, 2005).

En cualquier caso, las casamatas aparecen como una respuesta eminentemente funcional a unas necesidades muy concretas, las de la inmediatez y el bajo coste en su realización y la de aunar capacidad defensiva y de almacenaje, sobre todo para soportar largos asedios o para ubicarse en la cabeza de territorios recientemente explorados y en vía de consolidación, como pudo suceder en los dos casos que analizaremos con detalle a partir de este punto.

EL CASO DEL CERRO DEL CASTILLO DE CHICLANA (CÁDIZ)

El enclave del CDC se encuentra situado en el suroeste de la provincia de Cádiz, en la costa atlántica y en el actual término municipal de Chiclana de la Frontera (Fig. 3).

² Debemos esta interesante apreciación a nuestro colega David Montanero

Ubicado entre el litoral y la campiña, forma parte de un relieve alomado que no llega a superar los 200 m y que se extiende hacia Medina Sidonia, por el Cerro de la Esparragosa, la Loma del Lentiscar y La Mesa. Como su nombre indica, se trata de un cerro de cumbre amesetada que se eleva 22, 5 m s.n.m. Su orografía es irregular, con desniveles considerables y bastante pronunciados, sobre todo en la ladera que desciende hacia el río Iro (Fig. 4). La reconstrucción paleogeográfica siguiendo las curvas de nivel señalan una vaguada a su alrededor, lo que le da forma de cabezo exento del resto del terreno, configurando una especie de península rodeada de mar al menos por tres de sus lados. Se trata, como veremos, de una articulación geográfica similar a la del CPE, incluso con una altura muy similar.

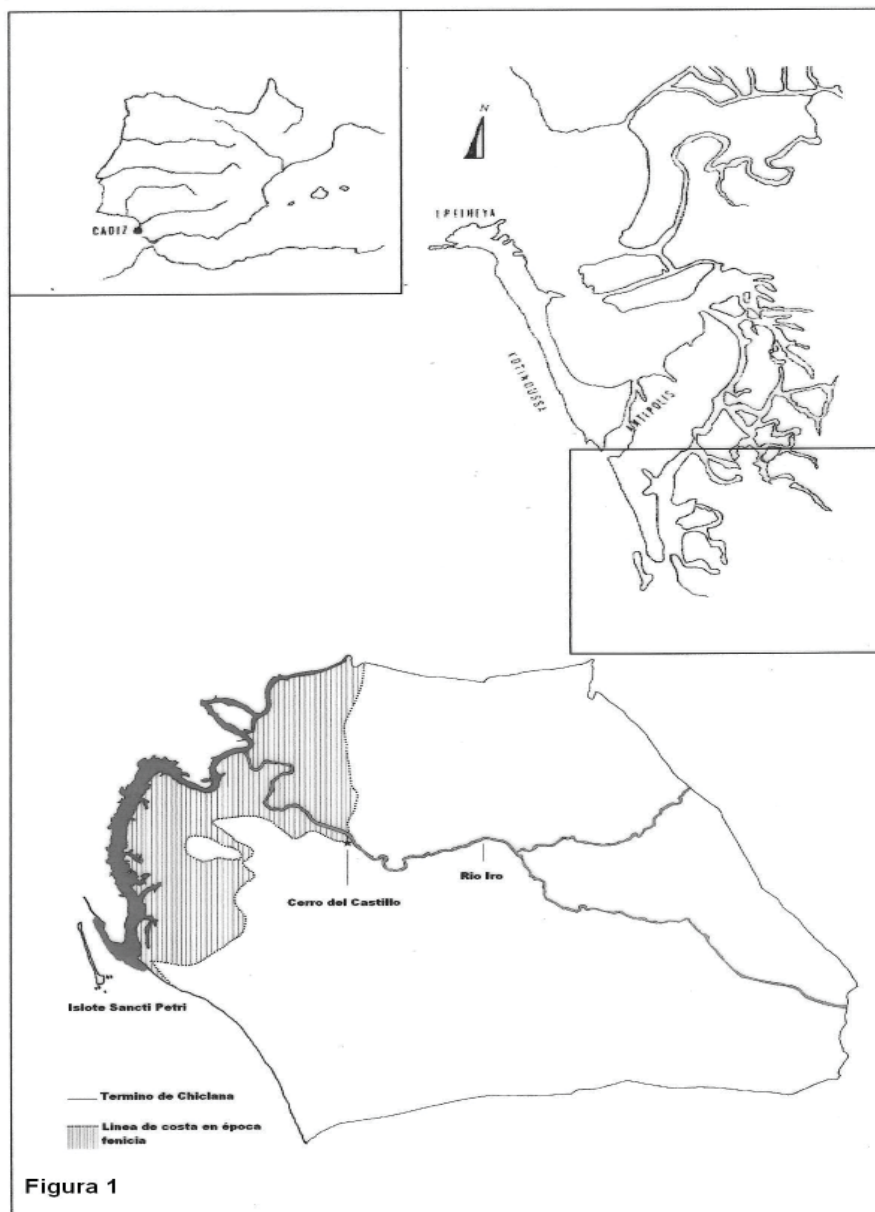
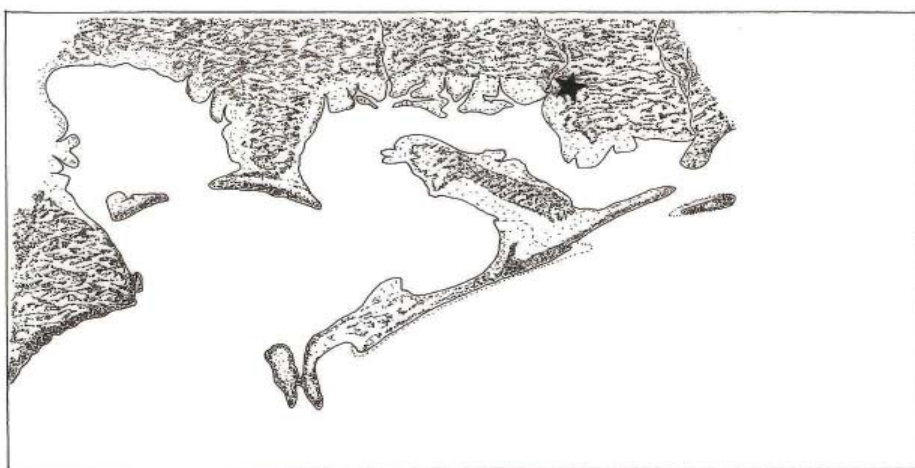


Fig. 3- Emplazamiento del CDC al sur de la Bahía de Cádiz

Los estudios paleogeográficos realizados señalan su situación costera en la antigua Bahía de Cádiz, justo en el lugar donde desembocaba el río Iro, muy próximo a Sancti Petri, donde numerosos hallazgos y la historiografía sitúan el Templo de Melqart. Los trabajos arqueológicos que pusieron al descubierto el yacimiento fenicio del CDC fueron motivados por la construcción de viviendas en el casco histórico de Chiclana, concretamente en un solar de 4000 m² situado entre las calles Castillo, Convento, Ánimas y Santísima Trinidad. El objetivo de dicha intervención era delimitar la extensión del antiguo cementerio de la localidad que estuvo relacionado con el Convento de San Martín, situado próximo al solar intervenido. La metodología planteada en el Proyecto de Actividad Arqueológica contemplaba la realización de doce sondeos distribuidos por todo el solar. Los primeros resultados fueron tan interesantes que el mismo día en que se realizaron, la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz autorizó la excavación en extensión. Poco a poco fueron aflorando gran cantidad de fragmentos cerámicos realizados a mano, con superficies y decoración bruñida, a torno con engobe rojo, pintados a bandas, y estructuras murarias con pavimentos asociados que demostraban la existencia de un asentamiento fenicio arcaico de un considerable tamaño y entidad.



**Fig. 4- Reconstrucción del paleopaisaje de la Bahía de Cádiz.
La estrella señala el CDC frente al islote de Sancti Petri**

Descripción arquitectónica y funcional

La estructura muraria que rodeaba el CDC fue inmediatamente identificada como perteneciente a una fortificación. Estaba compuesta por una serie de habitáculos huecos rellenos de tierra con dos lienzos de muros paralelos de una anchura de aproximadamente 4 m (Fig. 5). El paramento exterior era de mayor anchura que el interior, midiendo 1,80 m (unos 3,5 codos de 0,52 cm) y estaba construido a plomo, con mampuestos de gran tamaño trabados con arcilla, que daban una gran solidez a la obra. El interior, que medía 1,30 m (2,5 codos), estaba formado por mampuestos de diferentes

tamaños, grandes y medianos, aunque también pequeños a modo de ripio para rellenar los huecos que quedaban entre las piedras. Entre estos dos muros fue documentado un espacio hueco de 80 cm (1,5 codos) que configuraba una estructura defensiva con patrones métricos orientales (Prados, 2010). Estos compartimentos eran interrumpidos, a espacios regulares, más o menos cada 3 m- 3,5m, por unos muros transversales que actuaron como tirantes o refuerzos. Todos éstos huecos han aparecido colmatados de arena local, de la misma naturaleza que la base geológica del cerro.

Cada tirante, es decir, cada muro perpendicular a los descritos anteriormente, tenía una medida de 80 cm de anchura por 80 cm de longitud aproximadamente. Éstos sirvieron para dar consistencia y rigidez a la muralla, repartiendo equitativamente fuerza y peso. Un dato de gran relevancia es que los paramentos son totalmente verticales, es decir, están contruidos a plomo, sin diferenciación en los cimientos o zócalos. Se fabricaron colocando hileras de piedra de mayor tamaño en las caras exteriores y rellenando el interior de piedras más pequeñas, es decir, utilizando la técnica de la mampostería ca-reada. Así pues, se diferencia de la mayoría de las fortificaciones llamadas precoloniales del “área nuclear tartésica” (Escacena, 1989 y 2002), que presentan muros contruidos en talud, como por ejemplo Tejada la Vieja, en Huelva (García y Rufete, 1995). Normalmente, este tipo de construcciones con muro exterior en talud han sido atribuidas por los investigadores a obras de tradición local. En cuanto al alzado de esta construcción, podemos decir que conserva diferentes medidas que oscilan entre 40 cm y 60 cm a lo largo del trazado exhumado. El hecho de que en el transcurso de la excavación se hallaran fragmentos de adobe, sobre todo en la parte suroeste del tramo excavado, nos hace pensar en un posible alzado de este material que remataría la muralla. El alzado de muros sobre un zócalo de piedras con adobe es común en la edilicia oriental. Construidas

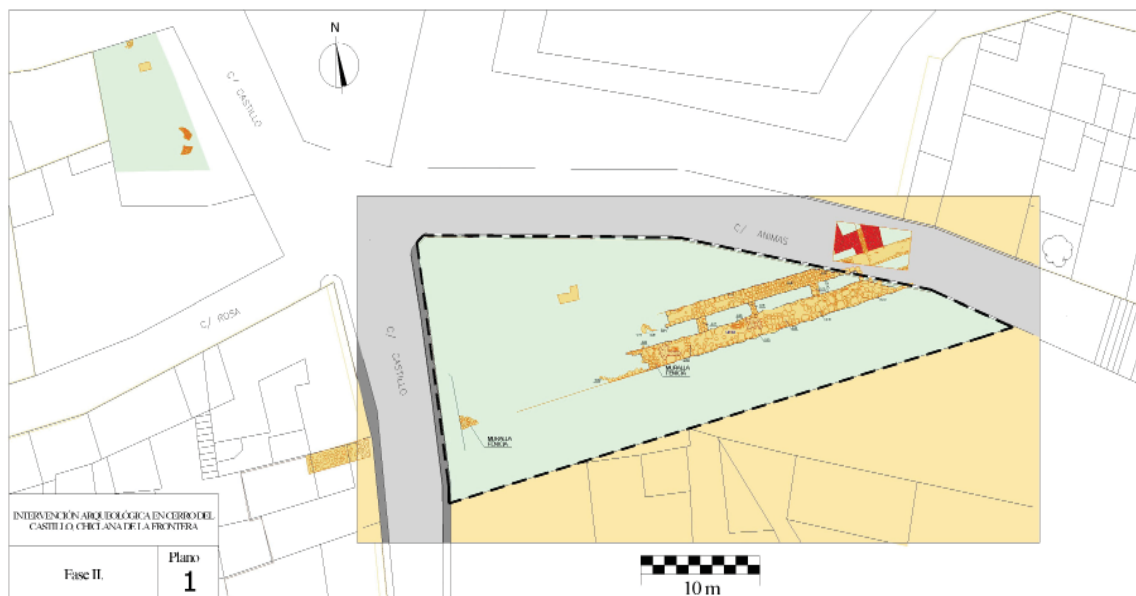


Fig. 5 Planta del CDC

de esta manera nos encontramos las murallas y la puerta de Tell Dan (Díes, 2001) y de Beersheba (Herzog, 1993) y así estaría construida la muralla del CPE y otras como la de Tejada o La Fonteta (González 2010a y 2010b; González, 2011).

A diferencia de otras murallas de esta misma época, no precisa de foso defensivo porque las mismas características topográficas del cerro lo convierten en un lugar inexpugnable debido a su altura y a la pronunciada pendiente de sus laderas, que caen por el norte y noreste hacia el río Iro y hacia el sur y sureste hacia otro curso de agua menor. De la muralla se han sacado a la luz 44,5 m lineales, sin torres, contrafuertes, estructuras anexas, vanos, ni pasos. En esto se aleja de la estructura del CPE que analizaremos después, si bien inicialmente esta tampoco constó de ningún tipo de contrafuerte que fueron colocados a posteriori por problemas estructurales y quizás sísmicos. El estudio pormenorizado de la muralla nos ha permitido además observar diferentes momentos constructivos. Por el hecho de tratarse de un elemento arquitectónico de envergadura, que perdura a lo largo del tiempo, desde que se decide su construcción (proyecto, acopio de material, inicio de su construcción), hasta que se destruye, es susceptible de ser analizado en el tiempo. De ahí que observemos hasta tres fases o etapas que permiten establecer una secuencia cronológica para el CDC:

Una primera fase que se corresponde con el momento en que se construye el asentamiento con defensas orientales desde inicios del s. VIII y hasta mediados del VII a.C. Su construcción responde a un mismo diseño, donde materiales y técnica son siempre los mismos. La muralla se integra perfectamente con las construcciones del interior, constituyendo la parte trasera de algunas estancias. El análisis de la secuencia estratigráfica y la sucesión de estructuras y pavimentos permiten comprobar que las viviendas, con el paso del tiempo, siguen ajustándose al cinturón defensivo y esta pervivencia de las estructuras habitacionales explica la superposición de pavimentos y de zócalos documentada.

Una segunda fase, que se puede fechar a partir de mediados del s. VII a.C., que se observa en la reparación de algunos tramos de la muralla. Estas reformas se observan por el cambio en la técnica constructiva, ya que los mampuestos utilizados son más angulosos y el aparejo es diferente al del resto del paramento. Esto hace suponer un deterioro de la muralla por la perduración a lo largo del tiempo y su mantenimiento por motivos defensivos.

Una tercera, a partir del siglo VI a. C., que corresponde al abandono de la muralla, su desmantelamiento en parte y la construcción de pavimentos sobre ella. La muralla ha perdido su función y de ello dan buena muestra los pavimentos que hemos exhumado por encima y el horno que aparece en el interior de una de las casamatas. La ciudad en estos momentos ha rebasado el perímetro cercado y parece que la fortificación ya

no es necesaria, puesto que la antigua muralla se abandona y no hay rastros de otra, al menos por el momento.

El primer aspecto que podemos resaltar desde el punto de vista funcional de la muralla es el de la organización y control del espacio. El asentamiento fenicio arcaico del CDC pensamos que puede ser considerado plenamente urbano porque cumple muchos de los requisitos que permiten considerar un asentamiento como tal. Tengamos en cuenta que la muralla o perímetro defensivo es uno de los elementos claves que permite hablar del carácter urbano de un enclave, así como la apropiación de un territorio. La muralla es, sin lugar a dudas, el exponente que caracteriza todas las ciudades fenicias orientales mencionadas, y será por tanto el elemento que se implante en occidente a la hora de establecerse en un lugar, delimitar el espacio a habitar y controlar el territorio circundante. Aplicando la teoría de P. Ducrey sobre la realidad urbana fenicia y púnica, la muralla parece constituir uno de los elementos esenciales para la definición del espacio urbano y su función como frontera no sólo es física, sino que refleja los intereses sociales y políticos (Ducrey, 1995: 245 ss.).

Con los datos obtenidos en las excavaciones llegamos a la conclusión de que la primera ocupación existente en el CDC, una especie de “fase cero” de finales del Bronce Final, fue anterior a la presencia fenicia y se limitó a ocupar la parte más elevada del cerro y posiblemente la ladera, descendiendo hasta la margen izquierda del río Iro. Posteriormente, con la llegada de los fenicios el asentamiento se organiza de nuevo y se crea un enclave de carácter urbano *ex profeso* que se corresponde con la primera fase amurallada descrita anteriormente. Este nuevo núcleo de poblamiento, sin paralelos autóctonos anteriores, parece responder a un planteamiento urbanístico, es decir, a una planificación, organización y ordenación de los edificios y los espacios. El espacio se estructura de la siguiente manera: primero se delimita la zona a ocupar con una potente defensa, en la que hemos observado reparaciones que nos indican su duración en el tiempo. En el interior del recinto y relacionado con él, se construyen casas cuadrangulares, distribuidas entre calles y espacios abiertos. El trazado de los muros de las distintas dependencias se realiza siguiendo la orientación de los ejes cardinales Noroeste/Sureste y Noreste -Suroeste, como veremos para el CPE. Esta es la causa de que en ocasiones se superpongan en determinadas zonas muros y pavimentos de diferentes fases.

En el interior del recinto amurallado, el hábitat ocupa toda el área y es concentrado, lo que obliga a superponer las casas, de tal forma que las viviendas más antiguas sirven para nivelar el terreno sobre el que se construyen las nuevas. Los pavimentos superficiales corresponden, por lo tanto, al último momento de ocupación del lugar, mientras que los más profundos corresponden al primer momento de ocupación fenicia, que fechamos hacia finales siglo IX a. C. o comienzos del siglo VIII a. C.



Fig. 6 y 7- Vistas del lienzo externo e interno del CDC

Otro aspecto funcional de esta fortificación, idea que compartimos con otros investigadores, es que la construcción de una muralla no es un hecho que se decida por azar o por gusto, ya que la naturaleza de ésta es siempre defensiva. Se trata de un elemento de protección frente a un peligro real o imaginario en la mente de quien construye. La finalidad última fue proteger a las personas que habitan o se refugian o los bienes o enseres que se custodian en su interior. Se trata de una obra de ingeniería militar y como tal debe ser diseñada, proyectada y construida conociendo la naturaleza y la existencia de materiales en el lugar o al menos en un entorno próximo (Quesada, 2007: 75).

La elección del sitio, ya con condiciones defensivas naturales, y el lugar para extraer la piedra y hacer acopio de la misma tuvo que ser proyectado previamente y organizado. Después habría que realizar una clasificación del material pétreo por tamaños, pues como hemos observado se utilizan unas formas y tamaños determinados para la muralla y otros para los paramentos del interior. Los mampuestos de la muralla son bastante grandes y suelen tener caras redondeadas; por el contrario, los de los muros de las estancias interiores son más pequeños y de caras planas con aristas. Tendrían que habilitar un lugar donde poder realizar el acopio de piedra que trasladado desde la cantera estuviera próximo a la hora de comenzar el trabajo de construcción. Por otro lado, la edificación de adobe también requiere de una organización y programación. Las investigaciones realizadas en el yacimiento fenicio malagueño de La Rebanadilla (Sánchez *et al.* 2011: 187 y ss.) sugieren que éstos debían realizarse en primavera o en otoño para evitar el calor del verano y el frío del invierno para su secado. El plazo de secado debía de ser el adecuado para que fuera homogéneo en el interior y en el exterior. El esfuerzo físico para el traslado de la piedra y su colocación tuvo que ser importante, así como la inversión de tiempo en la construcción. La mano de obra, lógicamente, sería local, si bien no descartamos la participación de “orientales”. Lo más lógico, por razones demográficas, sería contar con la población local, más abundante. Esto nos muestra claramente la

existencia de una marcada diferenciación social y de diferentes oficios relacionados con la construcción. La inversión de fuerza de trabajo y de tiempo sólo podría ser posible en un modelo económico y social jerarquizado a partir de una sólida organización estatal.

Por este motivo, atribuimos a esta obra algo más que un carácter propagandístico y disuasorio. Pensamos que se trata de una construcción militar, que se organiza y se efectúa como una gran obra de ingeniería que debe tener un sentido de autoprotección y de defensa de las personas que habitan el lugar y posiblemente de las mercancías, que como puerto se comerciaban y guardaban. Relacionamos también esa necesidad de protección con la infraestructura que necesitaría el vecino templo de *Melqart* para el desarrollo de las actividades que en él se realizaban (culto, custodia de bienes de prestigio, comercio, archivo) y para la protección de las personas vinculadas a sus actividades. Compartimos asimismo con otros investigadores que tras la funcionalidad defensiva de estas murallas, existe todo un trasfondo conceptual, relacionado con el poder, prestigio y la importancia que se quiera dar al asentamiento y que veremos en el enorme bastión sur del CPE, que caracterizaremos como un elemento de tipo emblemático. A través de la construcción de las murallas, se pone de manifiesto la fuerza y la solidez de una comunidad, que presenta la defensa como un elemento más de desarrollo (Berrocal-Rangel, 2004: 28).



Figs. 8 y 9- Aspectos diversos de la excavación de la muralla del CDC

Los contextos materiales del CDC

Con el fin último de contextualizar la muralla, que es lo que nos ocupa principalmente en este trabajo, vamos a referir datos sobre el estudio de los materiales arqueológicos. La mayor parte del material arqueológico mueble estudiado procede de los niveles superficiales que hemos identificado con la tercera fase de la secuencia estratigráfica del yacimiento, es decir, coincidiendo con los siglos VII y VI a. C. Esto se debe a que al encontrar niveles arqueológicos constructivos desde la superficie, no se pudo seguir profundizando para alcanzar niveles inferiores y por tanto más antiguos.

La industria lítica está presente en el yacimiento como una pervivencia de la tradición prehistórica anterior. Se caracteriza por una continuidad de los pulimentos fabricados en materiales locales, sobre todo ofita (hachas, azuelas y mazas). Perduran los productos en sílex vinculados con la conformación de hoces (truncaduras, muescas y denticulados), así como los productos más frecuentes en el desarrollo de actividades domésticas (raspadores). Éstos aparecen asociados a materiales cerámicos de diferente cronología, cerámicas realizadas a mano y a torno fenicia. También se recogen diversas formas microlaminares, pequeñas lascas, restos de talla, restos de descortezamiento de núcleos y núcleos en los que se observa la huella de extracción de pequeños cuchillos. Aparecen también ejemplares de molinos abarquillados fabricados en piedra ostionera vinculados a una agricultura intensiva del cereal.

La presencia de cerámicas a mano es abundante en todos los niveles arqueológicos excavados. Esto es explicable si tenemos en cuenta que la colonización fenicia impactó sobre un hábitat de ocupación local, como demuestra el registro arqueológico. Por otro lado, la tradición alfarera local siguió teniendo un importante peso en las relaciones entre población autóctona y fenicia. Entre las formas la más simple corresponde a los cuencos hemiesféricos de mediano y pequeño tamaño. Éstos generalmente suelen corresponder a dos tipos; por un lado, hay fragmentos de cuencos que tienen un borde engrosado al interior y por otro, los hay con borde simple, es decir, que las paredes del vaso tienen el mismo grosor. En cuanto al tratamiento que reciben las superficies podemos decir que es variado, los hay con superficie exterior peinada y superficie interior alisada, bruñido por ambas caras, bruñidos tan sólo por el exterior y bruñidos por el exterior y con decoración de retícula bruñida por el interior.

Aparecen también fragmentos de cuencos carenados, denominados en el Bajo Guadalquivir “cazuelas” y en el Sureste peninsular “platos” o “fuentes” (Ruiz Mata, 1993: 269). En cuanto al tratamiento de las superficies de estos recipientes, podemos decir que algunos ejemplares presentan ambas superficies bruñidas, consiguiendo dar al recipiente un aspecto casi metálico; los hay también que combinan varias técnicas decorativas por la superficie exterior, es decir, el borde aparece bruñido, mientras que

desde la carena hacia abajo aparece peinado y la superficie interior ha sido bruñida en su totalidad. Otros recipientes aparecen bruñidos por el exterior y por el interior otros presentan el borde bruñido y el resto decorado con retícula. Esta retícula consta de motivos lineales que se entrecruzan formando rectángulos y rombos y también motivos triangulares enmarcados por anchas bandas bruñidas.

Entre las cerámicas de superficies toscas están presentes las ollas de cocina, de pastas poco depuradas, que presentan como decoración impresiones digitadas. A veces presentan asideros de tipo mamelón. Estas piezas se fechan de manera general a lo largo del s. VII a. C. (Ruiz, 1993: 14). Son frecuentes entre las cerámicas a mano del Bronce Final- Hierro I los soportes o carretes para recipientes. Éstos están también presentes en el CDC entre el repertorio recuperado a través de varios fragmentos de bordes y baquetones. Se localizan también unos recipientes de forma esférica con paredes perforadas por todas partes y que muestran huellas de haber estado expuestos al calor. Este tipo de recipientes se interpretan como queseras o coladores y están presentes desde fechas muy tempranas en yacimientos del Bronce Medio perdurando en los asentamientos del Bronce Final-Hierro I (Bueno, 2010: 248). También se recuperaron algunos objetos relacionados con telares o actividades domésticas. Se trata de fusayolas o pesas de forma esférica con perforación central. Son frecuentes en la mayoría de los repertorios cerámicos procedentes de ambientes domésticos del Bronce Final-Hierro I en la campaña portuense.

Entre las cerámicas a torno destaca sobremanera un fragmento de origen chipriota arcaico que apareció en superficie después de realizar un pequeño desmonte de tierra, cerca de la zona donde se encuentra la muralla. El fragmento cerámico que nos ocupa pertenece a un vaso mediano, de buena calidad y cuidada factura. La pasta con la que fue realizado está muy depurada y es consistente, de color anaranjado, cubierto por ambas superficies de una engalba color beige o crema, y decorado por el interior con bandas paralelas muy finas de color negro y rojo. Presenta una especie de barniz brillante que cubre toda la superficie. Se trata de un fragmento de plato de origen chipriota del Chipro-Arcaico, también denominado chipriota del Bichrome IV.

Estos recipientes se identifican como imitaciones chiprofenicias de los escifos egeos arcaicos. Se han localizado en Kition y Amathus (Chipre), Al Mina (Siria) y en la propia Tiro, siempre en contextos datados entre los siglos X-IX a.C. (Bikai, 1971; Karageorghis *et al.* 1981). La cerámica bicroma chipriota IV, fósil director para datar el arranque de la colonización fenicia de occidente, se distribuyó por el sur del Egeo y Sicilia, así como por el sur de la península Ibérica a partir del s. IX a. C. Estas últimas se han localizado en El Carambolo (Sevilla) y en el túmulo nº 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Sta. María, Cádiz) (Córdoba y Ruiz, 1995: 759) y en otros yaci-

mientos de la Baja Andalucía (Bueno 2010, 250) en contextos del Bronce Final-Hierro I (siglos X, IX y VIII a. C.).

En lo que concierne a la cerámica fenicia, aparecen jarras y cuencos-trípode. Su cronología comprende desde el siglo VIII a. C., como ocurre con Casa de Montilla, Chorreras y Doña Blanca, hasta los siglos VII y VI a.C. (Schubart, 1990: 220; Ruiz y Pérez, 1995: 66). Se constatan también otros recipientes de gran diámetro, una especie de lebrillos con bordes rectos o engrosados hacia el exterior, paredes esféricas separadas del borde mediante una carena muy marcada y fondos curvos. Las ánforas están presentes en el CDC a través de un amplio número y diversidad. Aparecen varios fragmentos de ejemplares correspondientes al Tipo T.10.1.1.1 de J. Ramón (Ramón, 1995: 229) en los niveles de relleno de las estructuras fenicias. La pasta cerámica es de color ocre, con desgrasantes silíceos. Se trata de un modelo anfórico de gran importancia ya que es el primero que se fabricó en los centros fenicios del área del Estrecho de Gibraltar o, al menos, en muchos de ellos, desde aproximadamente la mitad o segundo cuarto del siglo VIII a. C. Al Tipo T.10.1.2.1. corresponden la mayor parte de las ánforas recuperadas, con una cronología del segundo cuarto o mitad del VII a. C. (Ramón, 1995: 230). La mayoría presentan una pasta cerámica de color ocre-anaranjado, con desgrasantes silíceos. La cerámica de engobe rojo fenicia está representada por todos los tipos clásicos que aparecen en las colonias fenicias occidentales, destacando por su elevado número los platos. Sobresalen también, por el elevado número de fragmentos hallados, los cuencos hemiesféricos y carenados, así como las lucernas de una sola mecha. La mayoría de los platos fueron hallados en el interior de las estructuras, es decir, en las estancias que han sido identificadas como viviendas. Aparecen dos tipos de platos: los de borde ancho, con tamaño grande y pequeño, y los de borde biselado. Se trata de dos formas que aparecen en las colonias fenicias en un horizonte avanzado y que quizás no se corresponden directamente con el momento de construcción de la muralla y sí con otro posterior, de finales del siglo VII a.C. Los platos de borde ancho que hemos detectado presentan diámetros de 23 cm aproximadamente.

En menor porcentaje, pero siendo también muy numerosos, aparecen los cuencos de barniz rojo fenicio. Las pastas son similares a la de los platos, siempre con engobes de una calidad excepcional. La única diferencia que se aprecia es que algunos presentan toda la superficie interior cubierta hasta el borde, mientras que otros sólo cubren de engobe la mitad superior. Otros tienen el interior cubierto de engobe rojo, desde el borde hasta la mitad del recipiente y donde aparecen dos filetes negros. Estas piezas parecen una versión occidental de la decoración "Black on Red" oriental. Las copas exhumadas están compuestas por dos cuerpos geométricos, que presentan el cuerpo inferior elíptico y el superior con una tendencia troncocónica. Este tipo aparece junto a los platos de

engobe rojo en el interior de las dependencias habitacionales excavadas, siendo por tanto coetáneos a éstos. Presentan una gran calidad en cuanto a factura y están realizadas con pastas muy depuradas y engobes muy espesos de gran calidad e intenso color rojo.

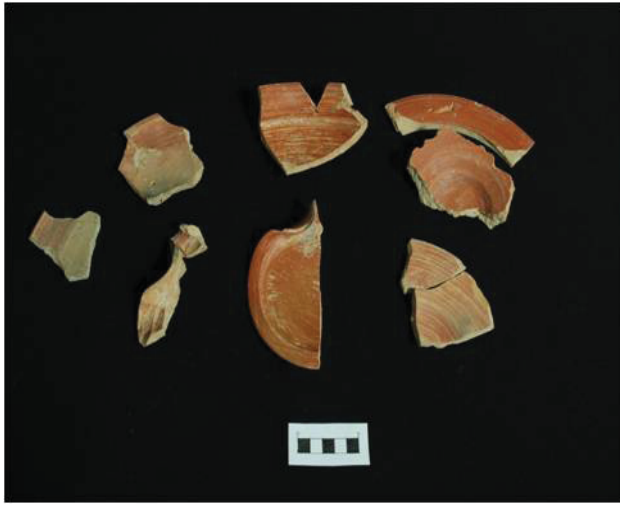


Fig. 10 Cerámicas de barniz rojo fenicio del CDC

Las lucernas aparecen representadas por varios fragmentos que corresponden a diferentes partes del recipiente. Los restos más completos permiten decir que se tratan de lámparas de una sola mecha. El diámetro es de 13 cm aproximadamente. Las pastas cerámicas son muy depuradas y los engobes presentan una calidad excepcional. En el Castillo de Doña Blanca, las de una sola mecha se señalan como las más antiguas, es decir, del s. VIII a.C.,

mientras que las de dos, que se suponen más recientes, se fechan en los ss. VII-VI (Ruiz y Pérez, 1995: 66 y ss.). Todas las piqueras presentan huellas de uso y están quemadas y manchadas de negro.

Jarritas y ampollas están también presentes aunque en número reducido, a través de unos cuantos fragmentos que corresponden a asas o golletes de piezas de pequeñas dimensiones. La pasta presenta características similares a las anteriores y los engobes tienen la misma calidad. Los jarros de boca de seta hallados en CDC son de pasta anaranjada y presentan desgrasantes de mica. Las paredes de los recipientes son finas y bien cuidadas. La cronología estimada por I. Negueruela se basa en las fechas dadas por los ejemplares orientales y por los aparecidos en el Mediterráneo occidental en conjuntos sepulcrales, cuyos contextos han sido datados con cierta precisión, llegando a la conclusión de que en la segunda mitad del s. VIII predomina el jarro de cuerpo globular y en la mitad del VIII la parte baja del cuello es cilíndrica (Negueruela, 1979-1980; Nuñez, 2008 y 2010). Otros recipientes que aparecen entre el repertorio cerámico de engobe rojo son los conocidos habitualmente como quemadores de perfumes. Su uso parece tener un sentido ritual, bien para quemar perfumes y sustancias aromáticas o como lamparillas. Están formados por uno o dos platos o cuencos que pueden presentar una carena en uno o en ambos recipientes, aunque se conocen con las paredes de tendencia rectas. El que consta de dos cuerpos superpuestos se halla unido mediante un vástago hueco que parte del centro del inferior. Los de un solo recipiente están formados por un cuerpo cóncavo que reposa sobre un vástago circular que lo eleva en forma de copa.

Entre el elenco de cerámica pintada aparecen tipos variados. Se han constatado bordes de ánforas “de saco” o R-1 con decoración polícroma. Corresponden al tipo II.C.b.1. de la tipología al uso (Belén y Pereira, 1993: 326). Se trata de ánforas de saco, que aparecen decoradas en el borde y hombros. Según estos investigadores, en Andalucía están presentes desde el siglo VIII en los horizontes I,I/II, II y IV de Toscanos y algo después en los cabezos de San Pedro y de la Esperanza de Huelva, muy similares a las del Cerro Macareno (Sevilla). En el Castillo de Doña Blanca están presentes en el siglo VI (Ruiz y Pérez, 1995: 88). En la campiña portuense este tipo anfórico pintado aparece en los yacimientos de Vaina y Venta Alta. Todos estos yacimientos se datan en los siglos VIII y VI a.C (Bueno, 2010).



Fig. 11 Cerámica pintada del CDC

Los *pithoi*, utilizados como elementos de almacenaje, son habituales en los poblados fenicios arcaicos y su presencia es bastante normal en los asentamientos indígenas. Sus prototipos se sitúan en Palestina y las metrópolis fenicias desde el II milenio a. C. Presentan su base plana o en umbo y su cuerpo ovoide o esférico separado del cuello por una leve carena. Dicho cuello ofrece forma de cono y bordes engrosados al exterior que pueden ser tanto rectos como inclinados. Suelen llevar dos, tres y hasta cuatro asas dobles de secciones circulares o geminadas que finalizan en el borde. Los hay de diferentes tamaños y se localizan tanto decorados como sin decorar. Entre las decoraciones, policromas la mayoría de las veces, hay bandas y franjas, motivos serpenteantes, estrellas, reticulados y cruces. En concreto aparecen dos recipientes de este tipo que presentan en el borde un motivo decorativo que pudiera ser una decoración, o una letra, en forma de cruz, quizás se trate de la marca del alfarero, por eso aparece repetido en varios reci-

pientes distintos El ejemplar que apareció casi completo junto a la muralla y próximo a la tahona mide 64,2 cm de altura por 18,5 cm de diámetro en el borde (Bueno, 2010).

Otros materiales pintados localizados han sido los cuencos de borde simple, los hemiesféricos y los carenados o copas, con decoraciones polícromas y a bandas. Aparecen junto a los platos y cuencos de engobe rojo. También aparecen urnas de cuello del tipo “Cruz del Negro” en formas similares a las localizadas en el CPE. Este tipo de vaso se localiza en gran cantidad de yacimientos, aunque en un principio se las vinculó principalmente con las necrópolis indígenas por su constatación en los cementerios tartésicos del Bajo Guadalquivir y Huelva. Sin embargo, el desarrollo de las investigaciones ha permitido constatar su existencia también en zonas de asentamiento.

Entre los recipientes realizados a torno están también presentes las Cerámicas Grises Orientalizantes también denominadas a Torno Tartesia (Caro, 1989), que aparecen frecuentemente en todos los yacimientos del sur peninsular asociadas a las producciones orientales. Se trata de cerámicas que fueron creadas utilizando tornetas y hornos que habían alcanzado cierto desarrollo y permitían llegar a elevadas temperaturas. Por lo tanto, fueron realizadas con la tecnología que importaron los fenicios. En cuanto a las formas que presentan podemos decir que imitan las locales propias del Bronce Final e incluso las decoraciones, pero incorporando las nuevas tecnologías. Para I. Vallejo “se trata de un producto que asume en gran parte unos principios estéticos y un gusto que coincide más con los parámetros indígenas que con los fenicios” (Vallejo, 1989: 87).

En cuanto a los metales, cabe referir que en el vertido exterior de la muralla se recogieron varios fragmentos de hojas de cuchillos afalcatados de hierro. Las medidas que conservan los fragmentos hallados son aproximadamente de 10 cm de largo por 2, 4 cm de ancho. En Oriente, aparecen similares en el Estrato II del área G de Hazor (Yadin et al. 1961) y en Tiro, en el Estrato XIII-2, datado del 1070/50 al 850 a. C. Este tipo de cuchillos es frecuente en el Mediterráneo occidental desde la segunda mitad del s. VIII a. C hasta el s. VI a. C. En la península Ibérica están presentes en el Túmulo 1 de las Cumbres (Ruiz Mata y Pérez, 1995: 18) y en el propio CPE datados en el siglo VIII a. C. También están presentes en contexto autóctono en el yacimiento del Bronce Final-Hierro I de Campillo en un fondo de cabaña excavado en la campiña portuense, apareciendo junto a cerámica a mano, cerámica de Samaria, chipriota y fenicia. Aparecen en contextos de hábitat como Guardamar, como utensilio para actividades cotidianas y domésticas, pero también formando parte del ajuar funerario en algunas incineraciones, junto a placas de cinturones y fíbulas de doble resorte, como símbolos de prestigio. Su origen peninsular se asocia a los fenicios y a la introducción de nuevas tecnologías, como el uso del hierro para utensilios, herramientas y armas.

EL CABEZO PEQUEÑO DEL ESTAÑO DE GUARDAMAR (CPE)

El CPE se sitúa a poniente del casco urbano de Guardamar del Segura (Alicante), sobre la margen derecha del río Segura a unos 2 kilómetros de su desembocadura en el mar Mediterráneo, donde se localiza el asentamiento fenicio de La Fonteta. El yacimiento ocupa una loma alargada, a modo de espolón, en el reborde septentrional de los montes del Pallaret y los Estaños (topónimo que deriva del catalán “estany” o laguna). Se trata de un sistema montañoso con elevaciones que no suelen sobrepasar los 100 m. de altitud, constituido geológicamente por materiales de origen Pliocuaternario, esto es, conglomerados, calizas y areniscas que caracterizan los relieves de la margen derecha del río Segura.

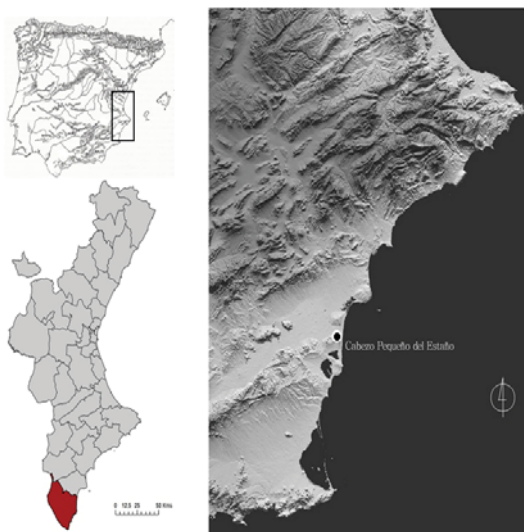


Fig. 12- Ubicación del Cabezo Pequeño del Estaño al sur de la Comunidad Valenciana

Con una escasa altitud, unos 26 m s.n.m. (prácticamente la misma que el CDC) y unos 20 m. sobre los terrenos cuaternarios del valle aluvial, el asentamiento presenta una configuración de laderas muy suaves y de fácil acceso, sobre todo por la parte que lo unen con tierra firme, menos por la vertiente septentrional sobre el río Segura, y la vertiente oriental, mucho más pronunciada sobre la cañada de los Estaños. Esta morfología del cabezo condicionó, sin duda, su diseño defensivo por tres de sus lados, salvo en

su cara norte, donde el cauce fluvial -antiguo ambiente marismeño- pudo actuar como defensa natural.

Los estudios paleogeográficos que se han realizado en el tramo final del Segura (Barrier y Montecat, 2008: 7), así como los que se están realizando actualmente (Ferrer, 2010: 32) coinciden en señalar que el CPE era un yacimiento costero, pero no junto al mar, sino en el borde interior de un estuario abierto al mar y, por tanto, navegable, donde era factible el fondeo y donde recalaban embarcaciones de poco calado, como a las que hace alusión Avieno (*Ora Marítima*, 459-460).

Los estudios de fauna que se han realizado confirman la variedad de ecosistemas que lo envolvían (Moreno, 1996). Así, además del aprovechamiento forestal y de los recursos nada desdeñables del humedal, la óptima situación del CPE junto al valle aluvial permitió la explotación de los recursos agropecuarios, como mínimo a nivel de autoconsumo. Dada la situación del yacimiento se puede inferir la importante función estratégica que debió alcanzar, ya que se emplaza en la zona de tránsito entre el flanco

montañoso y la llanura y, sobre todo, controlando el acceso a la vía natural del valle aluvial, a una distancia prudencial de la franja litoral, paso obligado de la costa hacia el interior y viceversa.

Desde el CPE se visualiza un amplio territorio, solamente limitado por el sector montañoso que se abre al sur, sureste y suroeste. Sin embargo, por la parte de levante se controla visualmente, en primer término, el Castillo de Guardamar, donde las excavaciones realizadas en la década de los 90 atestiguan la existencia de una fase de ocupación del Hierro Antiguo/Orientalizante, con materiales a mano y a torno fenicios fechados en los siglos VIII-VII a. C. (García, 1995 y 2010). Siguiendo en dirección a la desembocadura del río, el control visual también incluyó el asentamiento de la Fonteta, hoy muy limitado por las dunas repobladas a principios del siglo XIX y por los bloques de edificios construidos durante el irracional desarrollo del urbanismo de principios del siglo XXI.

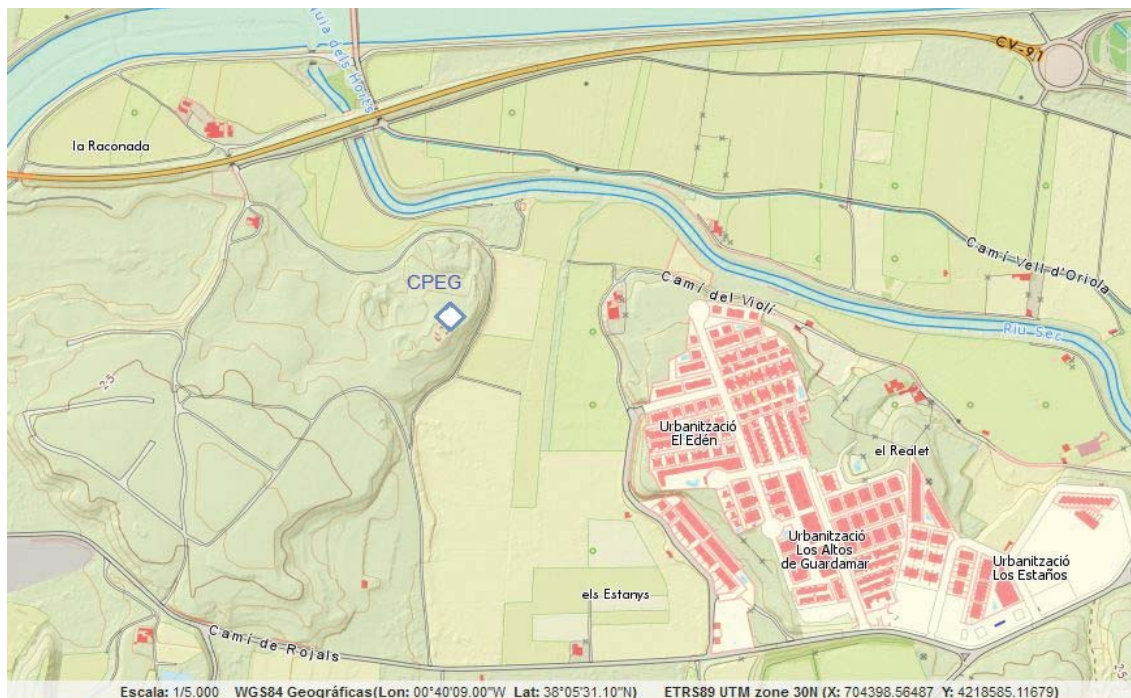
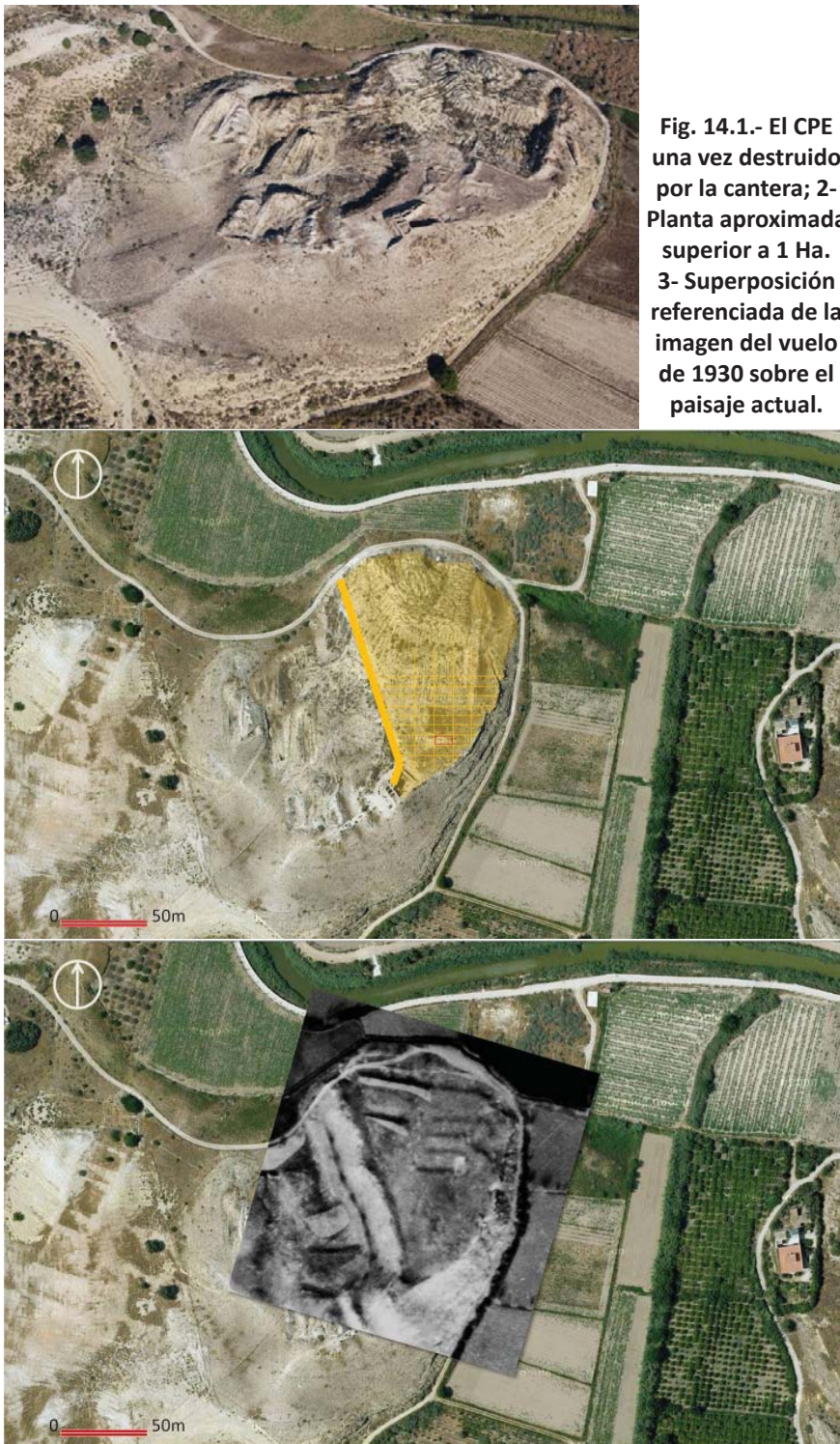


Fig. 13 Topografía del entorno próximo del CPE. En el centro, la cañada de los Estaños y al norte el río Segura en su curso actual

El hallazgo

Las referencias que tenemos sobre el yacimiento son bastante recientes. En la primavera de 1986 un informe alertaba al Ayuntamiento de Guardamar del potencial peligro que suponía la instalación de una cantera en sus inmediaciones. Tres años después, los movimientos ilegales de tierras motivaron la paralización de las obras y la primera intervención de urgencia en 1989. Los trabajos programados durante esta primera intervención tenían el objetivo inicial de acotar el área del yacimiento conservada, ya que las 3/4 partes de la superficie total habían sido destruidas. La cantera supuso la pérdida irremediable de un amplio tramo del lienzo de la muralla que discurría por el flanco occidental

del yacimiento, flanqueado con algunos bastiones en saliente y, probablemente, precedido por algún sistema de defensa avanzada, tal y como se reconocen en la fotografía aérea del vuelo de Ruiz de Alda de 1930, amén de las posibles estructuras de habitación de la trama urbana interior. Un segundo objetivo se centraba en el estudio del área conservada, mediante la excavación de varios sondeos en tres sectores diferentes con el propósito de obtener una visión lo más amplia posible sobre la secuencia estratigráfica y las fases de ocupación del yacimiento.



En el Sector 1 se pudo documentar la secuencia estratigráfica más completa, con dos fases de ocupación que definían dos periodos cronológico-culturales bien diferenciados. La fase I, más antigua, estaba relacionada con la ocupación de la cima meridional del cabezo durante la etapa del Hierro Antiguo (s. VIII a.C.). La excavación a través de dos cortes practicados en la cota más alta puso al descubierto un tramo de un singular y complejo sistema defensivo. La construcción del cuerpo defensivo se realizó sobre una capa previa de preparación sobre la roca base, retocada ligeramente. Sobre ella, se alzaron dos lienzos de muros paralelos de alzado vertical, con fábrica de mampostería irregular de piedra local, trabada y revestida, sobre todo el paramento exterior, con cieno gris (tarquín) procedente del humedal. El cuerpo defensivo, de entre 4 y 5 m de anchura, fue posteriormente reforzado por el exterior con un talud adosado desde la base y, al interior, con contrafuertes de mampostería trabados con arcilla rojiza y algas marinas usadas como estabilizante. Llama poderosamente la atención este uso de la *posidonia marina* para elaborar los adobes, los morteros de barro y otros elementos constructivos. Las algas marinas también se han utilizado en la composición de los morteros de barro de La Fonteta, sobre todo en sus fases III y V (González, García y Ruiz, 1997; González, 2010b).

La construcción de los contrafuertes se realizó en un momento posterior a la erección de la muralla, posiblemente como consecuencia del vencimiento puntual del sistema o quizás con motivo de la amortización del espacio interno, como posteriormente pudimos comprobar. En el espacio intermuros, de unos 3 m. de anchura, la excavación documentó, hasta donde se pudo desarrollar, un potente y heterogéneo relleno de piedras de pequeño y mediano tamaño, tierra arcillosa y adobes en descomposición. Durante el desalojo del relleno se recuperaron algunos fragmentos de cerámica a mano y otros realizados a torno de filiación fenicia, sobresaliendo el fragmento de un plato de borde entrante, de engobe rojo (ver Fig. 25). Este tipo cerámico resulta a efectos cronológicos de vital importancia, ya que establece un *terminus post quem* para la fase de amortización del cuerpo central de la muralla; esto es, desde mediados a finales del siglo VIII a.C. Por lo que respecta a la fase II, se pudo comprobar que después del nivel de abandono y posterior derrumbe de la estructura defensiva fenicia, y una vez rellenado y aplanado todo el espacio, se edificó una vivienda de época romana, que estuvo en uso desde el siglo I a. C. al II d.C. (Rodríguez, 1999: 345).

En el Sector 2 los sondeos se centraron en la excavación de la muralla occidental, aprovechando el límite de destrucción ocasionado por la cantera. Los trabajos exhumaron un tramo de unos 8 m de longitud de la cara externa de una muralla perteneciente a la fase más antigua. Su construcción se realizó sobre una capa previa de regulación, como se había comprobado en el sector 1, con fábrica de mampostería trabada con

mortero de barro. A través de esta primera actuación se pudo delimitar claramente su cara externa y una porción de su cara interna. Más problemático, sin embargo, resultó el análisis de su cimera, donde apenas unas hiladas regulares de piedra sugerían la existencia de una o varias fases constructivas, por lo que deducimos la existencia de un cuerpo central con dos refuerzos laterales, con una anchura total entre 3 y 4 m. A falta de un mayor desarrollo de la excavación arqueológica, el análisis preliminar de esta muralla nos condujo en su momento a buscar un paralelo en algunos sistemas defensivos del Bronce Final del entorno, caso de Caramoro II (González y Ruiz, 1992). Tal consecuencia nos sugirió una interpretación indigenista del asentamiento y, como tal, se dio a conocer en 1990 en los Coloquios de Cartagena sobre el Mundo Púnico (García, 1994).

Sin embargo, esta hipótesis de partida ha sido matizada y corregida en trabajos posteriores (García, 1995: 225-229; García y González, 1997: 87-103; García y Prados, e.p.). En otra campaña posterior, una sección excavada aprovechando el corte efectuado por la cantera nos permitió estudiar con detalle su estructura interna. Así pues, se trataba de nuevo de un lienzo de paramento doble con muros paralelos verticales unidos con riostras equidistantes conformando casamatas o compartimentos. En este caso, el paramento externo se levantó a plomo mientras que el refuerzo en talud se adosó en un momento posterior. Entre ambos muros se documentó un espacio hueco, de 1,20 m. de ancho, con un relleno de piedras y tierras. En el relleno de esta casamata se documentó un nivel de ocupación de tierra cenicienta con varios fragmentos de un plato de barniz rojo fenicio. Al igual que el fragmento de cuenco de barniz rojo documentado

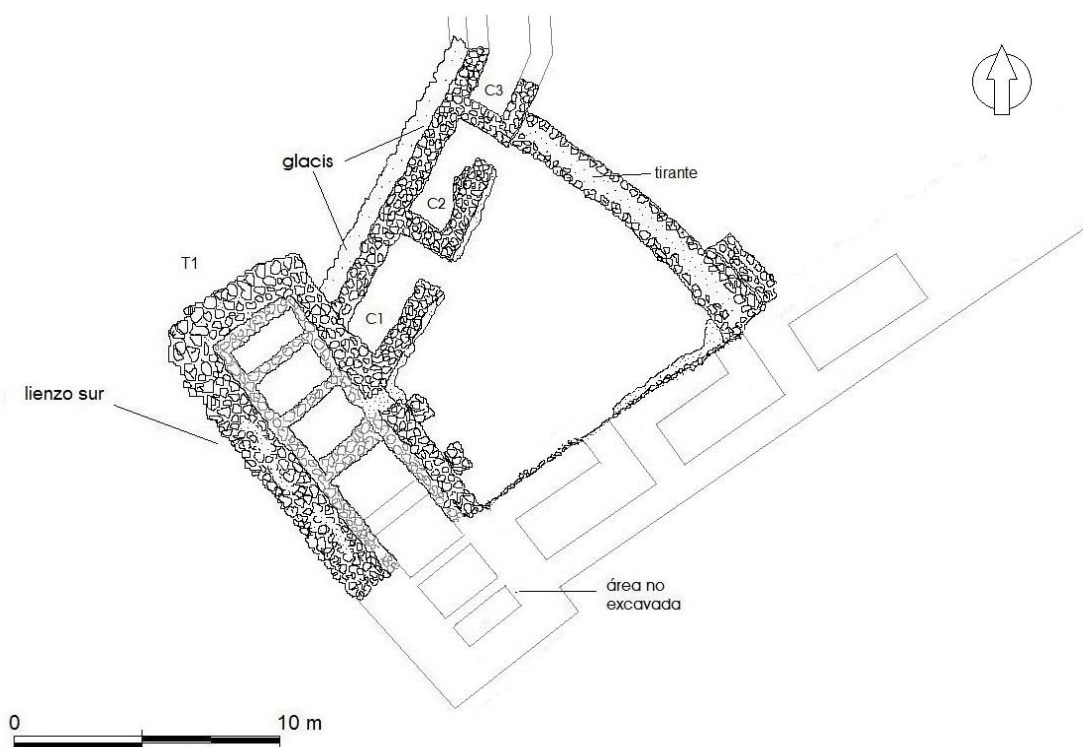


Fig. 15- Planta del CPE en su sector meridional

en el interior del lienzo meridional, esos fragmentos, con bordes de 3,6 cm de anchura, establecieron igualmente un *terminus post quem* para el último nivel de ocupación en el espacio interior de la muralla de mediados-finales del siglo VIII a.C., lo que data su construcción en al menos una o dos generaciones antes, esto es, finales del s. IX o principios del VIII a.C.

En el Sector 3, aprovechando uno de los escasos afloramientos de estructuras murarias en superficie, se documentó la agrupación de cuatro estancias, orientadas norte-sur reflejando cierta planificación urbana. Estas casas habían sido fabricadas mediante un zócalo de mampostería irregular, con un probable alzado de adobes y con pavimentos de tierra batida de color rojizo. La primera de ellas, el departamento H1, de planta cuadrangular, mide 4x4 m, y tiene adosado un banco corrido interior en la pared occidental y dos estructuras de combustión: un hogar circular apoyado en la pared oriental y una placa de terracota quemada y agrietada de 20 x 30 cm junto al muro septentrional. El acceso se realizaba desde el sur, a través de un vano de 1 m de anchura. A este departamento, en un momento posterior y previo retranqueo de 0,52 m (1 codo) y posterior nivelación del terreno, se le adosa longitudinalmente una unidad con tres estancias consecutivas y compartimentadas que mide en total 9,80 m de longitud (correspondientes a 18 codos de 0,52). La unidad tiene paredes medianeras (García, 1994). Se trata de una segunda unidad de habitación que integra los departamentos a, b y c, todos ellos de planta rectangular, con unas medidas interiores de 2,50 x 3,60 m cada uno.

Con estos primeros resultados preliminares se pudo comprobar la monumentalidad de la muralla fenicia y su desigual estado de conservación, ya que mientras que en el Sector 1 el lienzo conservaba hasta 3 m de altura, en los cortes practicados en el



Fig. 16- Vista del área meridional o "ciudadela" del CPE durante su excavación

Sector 2 apenas sobrepasaba 1,50 m de altura máxima conservada. A partir de 1990 se programaron un total de cuatro campañas. La primera sirvió para documentar en extensión la fase II (de época romana) mientras las posteriores se centraron en sacar a la luz el complejo y excepcional sistema defensivo detectado en el Sector 1, que denominaremos “ciudadela”.

Descripción arquitectónica y funcional

En el caso del CPE, y como hemos estudiado para el ejemplo gaditano del CDC, se observan unas constantes que son habituales en todas las fortificaciones fenicias: la funcionalidad, la inmediatez y el aprovechamiento de los materiales de construcción presentes en el entorno. Estas constantes son visibles en este caso por el grado de adaptación al terreno que se observa en la fijación de la línea muraria en más de 100 m a una curva de nivel del espolón. Igualmente, por la ausencia de lienzo construido en las zonas en las que la propia morfología del terreno lo hace innecesario y a la puesta en funcionamiento de una arquitectura sísmica pasiva con taludes, riostras y contrafuertes que, como se observa siguiendo el actual lienzo oriental, a pesar de su cadencia que combina casamatas y torres, no fue del todo invulnerable a los temblores de tierra (Prados y Blázquez 2007: 60).

Al igual que en el ejemplo de Chiclana, esta fortificación cubrió la demanda de protección de los bienes de prestigio e intercambio y de las materias primas. También configuró una barrera desde el punto de vista ideológico de cara a las poblaciones locales. La construcción de defensas monumentales como las que presiden estos enclaves mantuvo vivo el binomio religión-economía tan propio del mundo fenicio (Leriche 1992: 173). Las imponentes defensas del CPE y su emplazamiento sobre un cerro que se recorta en el horizonte del antiguo estuario forman parte de una puesta en escena del poder colonial, que presenta su sector más notorio mirando hacia el sur, hacia el acceso desde las tierras del interior. Se trata, pues, de una monumentalización, casi escenográfica, de la única zona de acceso terrestre. El monumental lienzo sur del CPE que protege la “ciudadela”, revestido y seguramente pintado y los lienzos de casamatas a los que después se le adosaron los taludes –casi a modo de *glacis* de sustentación- por el exterior debieron plasmar, necesariamente, la polisemia para la que fueron concebidos, funcionando con una doble estrategia, defensiva, porque fueron efectivos militarmente, y coercitiva, porque ello debió motivar su monumentalidad. Este modelo de defensa torreada y con *glacis* adosado por el exterior, con una obra de mampostería en talud, enlucida y pintada, se podría encuadrar en el “tipo A” de la clasificación de J.L. Escacena, con paralelos en las murallas andaluzas de Tejada, de Aznalcóllar, de Castillo de Doña Blanca, de Puente Tablas o del Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar (Escacena 2002: 84 y 85). Todos ellos

son propios de contextos autóctonos tartésicos, si bien hemos de subrayar que en el caso del CPE estos fueron ubicados en un segundo momento, quizás no tan “canónica-mente” fenicio como el que se observa en la primera fase constructiva.

De esta forma, junto con el lienzo monumental abierto al mediodía, las defensas del CPE presentan, al menos en su parte conservada, una estructura de unos 4 m de anchura total realizada mediante compartimentos o casamatas a partir de dos lienzos paralelos unidos por riostras equidistantes configurando unos cuartos rectangulares, alargados, de unas dimensiones de 1,55 x 4,70 m de media (correspondientes como hemos visto con un patrón métrico fenicio de 3 x 9 codos de 0,52 m) con un vano de acceso directo a su interior emplazado siempre en el extremo norte. Esta parte conservada, a tenor de lo que se aprecia en las fotografías aéreas del vuelo “Ruiz de Alda” (realiza-

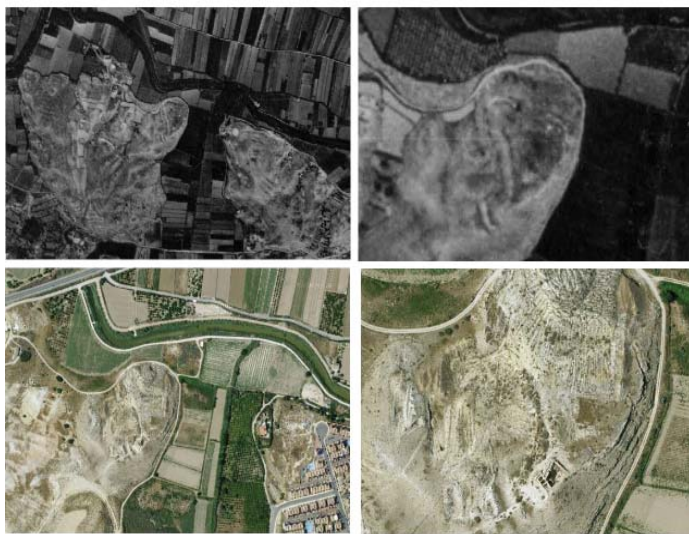


Fig. 17- Fotogramas del llamado "vuelo americano" de 1956 (3225) e imágenes de satélite actual, después de la destrucción. Fuente: UA y Geonet 2013.

da entre 1928 y 1932) y del vuelo “americano” de 1956 (fotograma 3225), cubriría todo el lado occidental del poblado, quizás antecedida de un foso, con una longitud total lineal de 115 m.

Presenta una sorprendente modulación y cadencia constructiva combinando grupos de tres casamatas (que miden en conjunto 15,60 m = 30 codos), con un bastión hueco (cuyo frente mide 7,60-7,80 m = 15 codos) de forma

alterna. Si tenemos en cuenta la medida interna de cada casamata (1,55 x 4,70 = 3 x 9 codos) nos queda una muralla que asocia sistemáticamente módulos de 3 y sus múltiplos, desde las medidas menores a la propia combinación de casamatas y torres (3 x 1). La foto del vuelo “Ruiz de Alda” revela la existencia de 6 torres en total recorriendo el lienzo occidental. Un dato importante es que las dos torres visibles presentan estructura interna y la llamada T2, incluso un espacio habitable con un banco corrido (algo tampoco visto hasta el momento en las fortificaciones autóctonas).

Según lo que acabamos de describir, el CPE presenta un modelo defensivo sin parangón en occidente en este momento, a excepción del caso del CDC, lo que motiva la publicación de este trabajo conjunto. Los mejores paralelos los tenemos en la costa oriental mediterránea en el Bronce Final y en la primera Edad del Hierro, como hemos visto antes, o ya mucho después en el ámbito ibérico y púnico hispano (ss. IV-III a.C.) en ejemplos como Turò del Montgròs, Castellet de Banyoles, Niebla, *Malaka*, Castillo de

Doña Blanca, *Carteia*, o Cartagena (López, 2011; Sanmartí, 2012; Badía y Pérez, 1992; Arancibia *et al.* 2006; Ruiz y Pérez, 1995; Roldán *et al.* 1998; Martín, 1993). Curiosamente, como en el caso fenicio arcaico que nos ocupa, estos nuevos planteamientos eclosionan tras la adopción de un esquema defensivo de origen exógeno y de componente oriental definido, de forma genérica, como púnico-helenístico (Prados, 2003; Bendala y Blánquez, 2005; Prados y Blánquez, 2007; Moret, 2008).



Fig. 18- El CPE en 1930. Aún es apreciable su línea fortificada (previa a la destrucción) y su posible foso.

Fotograma del vuelo Ruiz de Alda (1929-1931)

Uno de los aspectos más espectaculares de las defensas del CPE es su monumental lienzo meridional, un bloque erigido de una vez que se yergue aún en un magnífico estado de conservación acotando el acceso al espolón en forma de riñón sobre el que se encuentra el poblado. Este acceso meridional es el más adecuado para llegar por tierra firme al *tell* artificial y, habida cuenta del trazado del mismo y de que se encuentra jalonado por instalaciones de corte industrial en el área periurbana (un horno de cal y varios metalúrgicos), debió ser utilizado a lo largo de la historia del asentamiento protohistórico, y aún después, tras un largo hiato temporal, por el asentamiento rural de época romana.

El lienzo delimita al sur el poblado y remata las defensas complejas en forma de letra π , con un frente que se alza a plomada en pequeño aparejo y que se reforzó con un talud en la base. El frente mide unos 15 m y nos inclinamos a pensar que su dimensión podría ser de 30 codos a tenor del patrón empleado en el resto (lo que daría unos 15,60 m) lo que se podrá comprobar con exactitud cuando se termine de excavar. Todo el lienzo fue enlucido y seguramente pintado en origen. Lo que llamamos “lienzo sur” es, en realidad, un enorme dispositivo defensivo que mide unos 5 m de anchura en su parte

superior y está realizado mediante dos muros paralelos unidos por dos muros gruesos que lo dividen en la zona central y por riostras secundarias de un módulo menor en los espacios restantes.

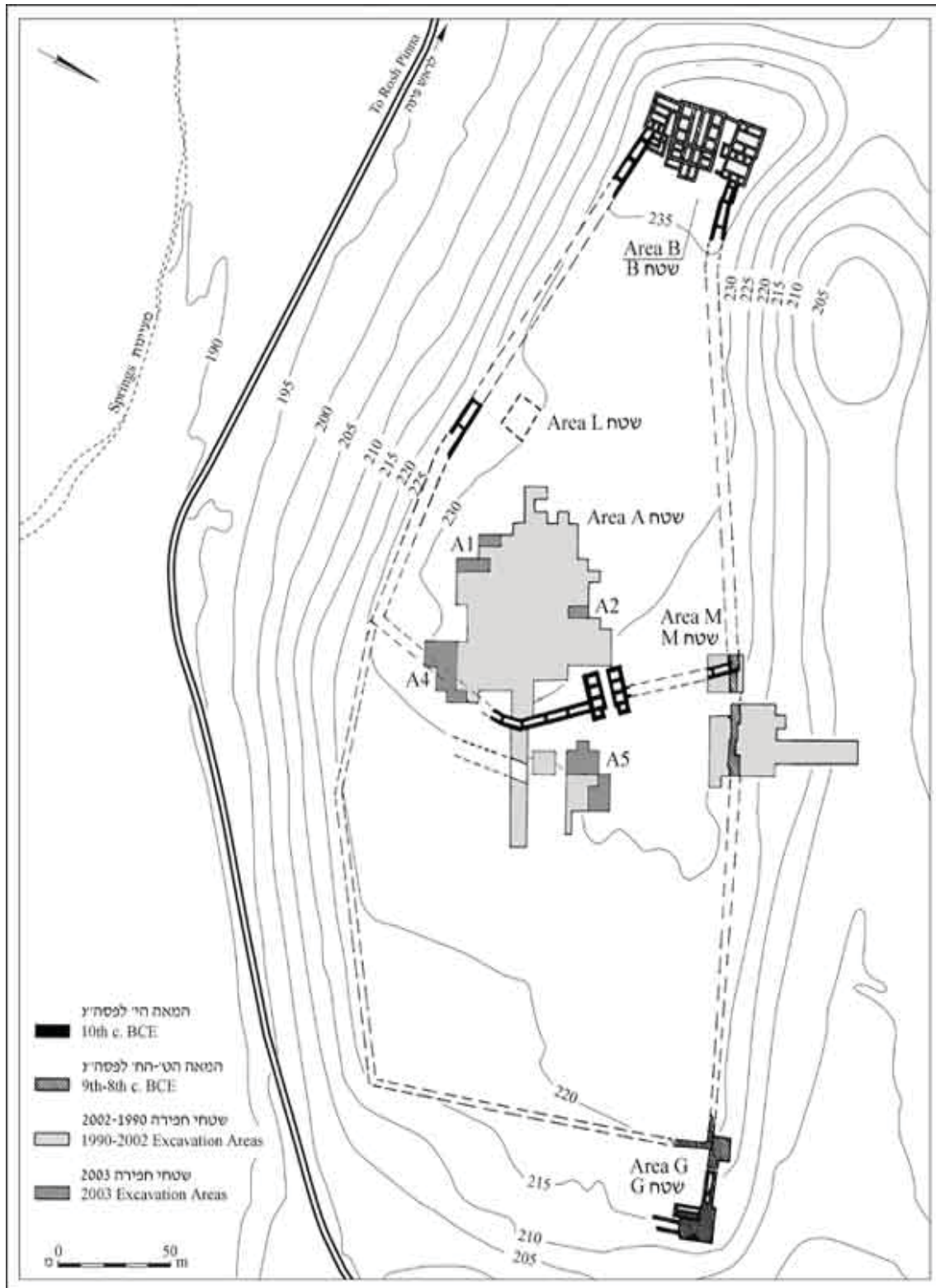


Fig. 19- Hazor. Al norte, la ciudadela (Área B). Plano de Yadin, 1975.

Todo este dispositivo recuerda estructural y compositivamente a la llamada "ciudadela" de Hazor, en concreto al área occidental de la "upper city" o "Area B", edificada entre los siglos X y IX a.C. (Yadin, 1975) que presenta una estructura defensiva compleja de carácter monumental de la que parten dos brazos defensivos de forma oblicua, en similar disposición al caso que nos ocupa, constando asimismo de casamatas o compartimentos (Geva, 1989). La llamativa similitud entre ambos modelos no hace sino subrayar

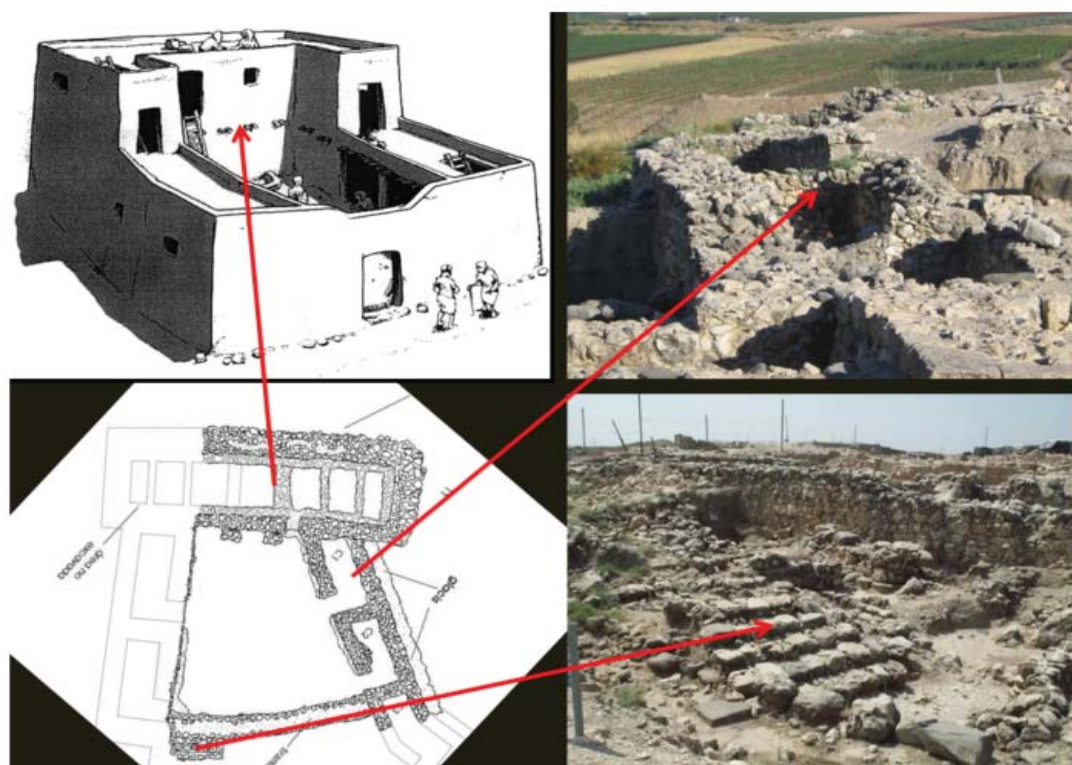


Fig. 20- Planta de la "ciudadela" en "π" del CPE comparada con otras estructuras orientales (Reconstrucción de la "Four Rooms House" de Beersheba y fotos de las casamatas y escaleras de Hazor)



Fig. 21 "Ciudadela" del CPE. Al fondo los contrafuertes en la cara interior del lienzo sur (1990)

más el carácter eminentemente foráneo, oriental y arcaico del ejemplo del CPE, aunque no por ello debamos dejar de ser prudentes antes de poder afirmarlo categóricamente. En cualquier caso, todos los datos del estudio arqueoarquitectónico apuntan a que la defensa del enclave arcaico del CPE respondió a un patrón bien conocido, que era flexible pudiendo ser adaptado a distintos terrenos, y que podía erigirse con diferentes materiales de construcción siempre por una mano de obra local bajo la supervisión de un constructor/arquitecto oriental que desarrolló un plan preconcebido para dar respuesta a unas necesidades concretas en el marco de unas incipientes relaciones coloniales.

El tamaño y la monumentalidad de esta enorme defensa acarreó no pocos problemas estructurales, a tenor de lo que hemos observado en la lectura arqueológica de los paramentos. De hecho, como se observa en la planta, todo el lienzo debió ser reforzado a posteriori con taludes al exterior y contrafuertes al interior y, posiblemente, ya en un segundo momento, fue causante de la construcción de un enorme muro-tirante que unió los dos lienzos de casamatas para tratar de paliar los empujes que esta estructura ocasionaba en sentido sur-norte. Este muro, adosado a las murallas por el interior amortiza, incluso, el vano de acceso a una de las casamatas y configura el cierre de la pequeña "ciudadela" que había sido confundida con un fortín.

El recinto amurallado del CPE se adapta perfectamente a la naturaleza del terreno. La mayor envergadura y desarrollo continuo de la muralla en sus frentes sur, sureste y oeste se explica por presentar éstos escasa pendiente y fácil acceso terrestre, mientras que en el frente de levante la ausencia de muralla se revela porque la topografía del terreno permite la defensa natural. El empleo de similares técnicas constructivas en todas las estructuras defensivas que han salido a la luz durante las distintas campañas de excavación nos parece estar indicando que su construcción fue planificada en todo su desarrollo y responde a un planeamiento preconcebido, siguiendo un módulo metrológico oriental, inspirado en el codo fenicio de 0,52 cm (García y Prados, en prensa).

La parte documentada de las defensas del CPE presenta una singular monumentalidad y complejidad, sobre todo el conjunto de lienzos que configuran el recinto superior, aún hoy exento de destrucción. Las últimas campañas de excavación nos han permitido definir con mayor claridad sus técnicas constructivas. Como se ha dicho, se trata de una muralla construida mediante un doble paramento de muros paralelos, con compartimentos interiores, realizados a través de muros transversales que se disponen a intervalos regulares y equidistantes. Estos muros actúan a modo de tirantes, configurando una estructura de compartimentos o casamatas, funcionales, y a las que se accedía de forma directa desde el espacio intramuros, a partir de vanos practicados en el paramento interno. Alguno de los accesos pudo haber conservado parcialmente restos del sistema de cierre: un posible arco curvo de mampostería (González y García, 2000),

mientras que otros asociados al monumental lienzo meridional, como ya se ha comentado, habían sido amortizados en una fase anterior, evidenciando de esta manera la existencia de espacios huecos en su interior, con anterioridad a la reestructuración del lienzo.

En todo el área excavada, los dos muros paralelos que conforman tanto la muralla occidental como el lienzo meridional presentan una similar anchura en su trazado, unos 90-100 cm el muro exterior y unos 60-70 cm el muro interior, aunque este último, allí donde se ha podido documentar la sección interna de la muralla, como consecuencia de los cortes practicados por la cantera, hemos comprobado que adquiere en su base hasta 80 cm de anchura. Por su parte, los muros perpendiculares que articulan las divisiones internas y que actúan como tirantes para equilibrar el reparto de fuerzas, presentan una anchura similar al muro interno de la muralla, esto es, unos 60-70 cm. La no existencia de fosas de cimentación debió de provocar que los constructores del CPE dotaran de mayor anchura en la base al muro interno de la muralla. Analizando cada uno de los tramos, encontramos que en el singular lienzo meridional, como ya se ha mencionado, la anchura total entre los dos paramentos es de unos 4,50 m aproximadamente, y si a esta anchura se le añade el refuerzo del talud exterior y el contrafuerte interno, se obtiene una anchura total en su base de entre 6 y 7 m. Por su parte central el lienzo sur está dividido por dos muros, posiblemente equidistantes, de los que sólo se ha documentado uno de ellos hasta el momento, a falta de excavación.

El potente relleno que lo colmata es el producto del derrumbe de una más que probable planta superior, a la que habría que añadir la parte correspondiente al cuerpo de merlones. El lienzo, en su prolongación hacia su extremo oeste, se flanquea por un potente bastión (T-1) de planta rectangular algo irregular, con el paramento externo en talud y las esquinas redondeadas. Su frente mide unos 7,80 m (15 codos). Su construcción actuó como nexo de unión entre el lienzo sur y el lienzo occidental, flanqueando tanto el frente sur como el oeste de la fortificación, al menos hasta el siguiente quiebro de adaptación al terreno de la muralla, que se flanquea a su vez con el siguiente bastión (T-2) de 7,70 m de frente. La fábrica de la obra es de mampostería, con bloques que se suceden de mayor a menor tamaño desde el arranque del refuerzo hasta el remate de la obra, toda ella trabada y cuidadosamente enlucida con *tarquín*, el barro gris de la laguna.

El bastión presenta el interior dividido por muros transversales, tres en total. El primero apareció enrasado en su cimera, generando todo el conjunto dos espacios internos de 2 x 3 m. Estos compartimentos fueron colmatados por un relleno muy compacto y homogéneo de tierra suelta y gravilla, estéril en cuanto a materiales arqueológicos. No obstante, quedaría por comprobar si en el momento de su erección era un bastión hueco, como parece inferir un vano de acceso, que fue amortizado, situado junto al

arranque de la muralla occidental, o por el contrario era un bastión macizo y su acceso se situaba en una cota alta con el fin de acceder a su planta superior.

Con la suma de los distintos añadidos posteriores a la obra original (refuerzos en talud y contrafuertes) la anchura total de la muralla occidental varía en algunos tramos, como en el extremo meridional, donde adquiere una anchura total de 5 m. Su estructura presenta también dos lienzos de muros paralelos unidos por otros perpendiculares y equidistantes, de 60-70 cm de anchura, que delimitan al menos tres compartimentos o casamatas. De las dos primeras conocemos la planta y las dimensiones de sus espacios internos, perfectamente modulados siguiendo patrones fenicios: 1,60 x 4,70 m (3 x 9 codos), mientras que de la tercera se desconoce al haber quedado parcialmente destruida por acción de la pala excavadora de la cantera. El acceso al interior de las dos casamatas conservadas completas se realiza desde el amplio espacio intramuros, a través de vanos de 80 cm de anchura, practicados en el lienzo interno. Este acceso marca un giro a izquierda en este sector, mientras que en el lado opuesto, a tenor de la ubicación de los vanos, este sería a derecha (ver la planta en la Fig. 22). El acceso acodado al interior de las casamatas, con giro a derecha o a izquierda según el lado de la muralla, recuerda de nuevo a los modelos orientales citados, tal y como se observa, por ejemplo, en Qeiyafa (ver Fig. 2, con giro a derecha y Fig. 27, con giro a izquierda).

La excavación del relleno interior de las casamatas no se ha efectuado hasta la fecha pero está previsto en los próximos meses junto con las necesarias tareas de consolidación de todo el recinto. Las fechas que se manejan, entonces, corresponden a su fase de abandono, con materiales similares a los localizados en la Fase I de La Fonteta. Pese a ello, la excavación de un potente paquete sedimentario procedente del interior de la primera de las casamatas ha permitido documentar abundante material orgánico y una muestra muy significativa de material cerámico. La documentación de este depósito (datado a finales del s. VIII a.C.) es de suma importancia ya que habiéndose generado como un nivel de ocupación en el interior de una de las casamatas, nos indica que la actividad doméstica pudo ser una de las funciones que se debieron desarrollar en su interior, al menos en los momentos previos a su abandono.

En su tramo norte, la parte conservada de la muralla presenta de nuevo una anchura total de unos 4 m. El nexo de unión entre este tramo y el anterior se produce a través de un bastión (T-2) cuyo arranque se salvó milagrosamente de la zanja practicada por la pala excavadora. Este bastión, de similares técnicas constructivas que el bastión del lienzo meridional (T-1), presenta una longitud frontal de unos 7,70 m (unos 15 codos) y su interior hueco con un espacio habitable, dotado de un banco corrido de adobes y un hogar realizado mediante una placa de terracota quemada, en cuyo entorno el registro arqueológico evidenciaba actividades domésticas de producción y consumo de alimentos.

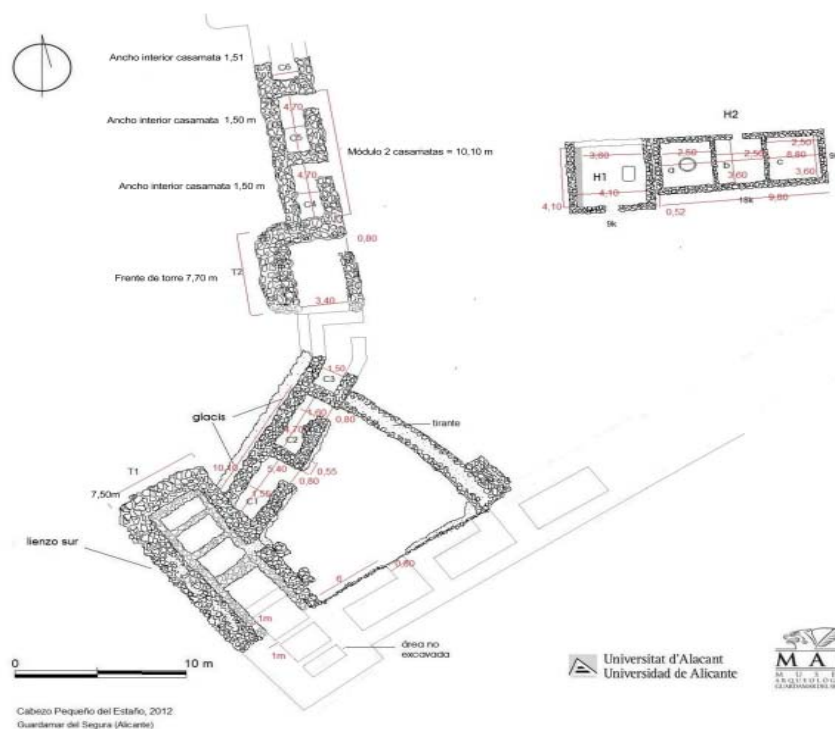


Fig. 22- CPE. Planta y estudio de la modulación

De la muralla oriental, que arranca en sentido oblicuo hacia el norte desde el frente sur (ver Figs. 20 y 22) solamente se ha excavado el paramento por su cara interna, con una longitud aproximada de 12 metros. Durante la excavación se documentó



Fig. 23- Escalera de acceso al espacio/recinto superior

un vano de acceso a otra casamata cegado por el derrumbe. El tramo meridional se levantó a plomo, sin refuerzo o contrafuerte de apoyo. Su construcción se realizó con aparejo de mampostería irregular de lajas de piedra careada, dispuestas regularmente en hiladas horizontales, trabadas y recogidas al exterior con mortero de tarquín, el ya citado cieno gris de la marisma. Por su parte, el tramo de la mitad norte, de unos 5,30 m de longitud, presenta un pequeño retranqueo exterior. Su construcción se realizó a plomo pero, a diferencia del anterior, éste si lleva adosado un contrafuerte corrido en talud que actúa de refuerzo en su base, con sendos retranqueos exteriores.

La excavación realizada en el frente norte confirmó la existencia de un potente muro que cerraba la compleja estructura defensiva, configu-

rando un recinto superior en la cota más alta del asentamiento. El muro, de unos 10 m de longitud y una anchura de entre 1-1,10 m, debió actuar como un potente tirante a partir de su unión con la muralla occidental y oriental (García y Prados, e.p.). El acceso al espacio intramuros y, probablemente, a la planta superior de la muralla se produce a través de una escalera de mampostería, de unos 90 cm de altura, que se la adosa al exterior. De esta se conservan cuatro peldaños (ver Fig.23). A la escalera se le adosa un pavimento exterior que presenta fragmentos de una urna de tipo Cruz del Negro que aporta una fecha *ante quem* a la construcción y al uso del muro y la escalera de 700-685 a.C.

Con la excavación se ha podido comprobar que todo este amplio espacio intramuros, que se genera a partir de los paramentos internos de la muralla meridional, occidental, oriental y el muro de cierre septentrional, adopta la forma de una “plaza de armas” o “ciudadela” de planta trapezoidal, con una superficie interna de unos 80-90 m². Este espacio articula todo el complejo superior y el sistema defensivo del CPE por su parte más vulnerable y perceptible, actuando como zona de circulación al que abren sus puertas todas las casamatas.

Para concluir, queremos destacar que las secuencias estratigráficas asociadas a las distintas estructuras de la muralla evidencian una única ocupación para el sistema defensivo fenicio (fase I). Sin embargo, las remodelaciones que afectaron al lienzo sur y oeste y las estructuras de habitación compartimentadas del sector 3 nos inclinan a plantear como hipótesis la existencia de dos subfases:

Una subfase IA, que abarcaría la construcción de la muralla hasta su amortización (finales del s. IX?-mediados del VIII a.C.) y la posterior construcción de un contrafuerte interno para compensar las presiones que debió generar.

Una subfase IB que incluiría la construcción del refuerzo del tramo norte de la muralla occidental, así como la construcción de las estructuras de habitación que se adosan al departamento A en el Sector 3 (mediados-finales del s. VIII a.C.).

El último momento de ocupación del yacimiento previo a su abandono se caracterizaría por la presencia de determinadas actividades metalúrgicas, quizás una vez que el poblado arcaico ha perdido su razón de ser y ha sido absorbido dentro de la periferia urbana del nuevo centro costero de La Fonteta, en un similar proceso que conocemos para otros enclaves arcaicos, caso del Cerro del Villar y *Malaka* (Aubert *et al.* 1999). Estas actividades se documentan hasta que el derrumbe selló para siempre todo el conjunto de estructuras. Una datación radiocarbónica de un hueso de bóvido (muestra de vida corta) ha permitido datar el abandono hacia el 700 a. C. (2 sigma Cal BC 715-685).

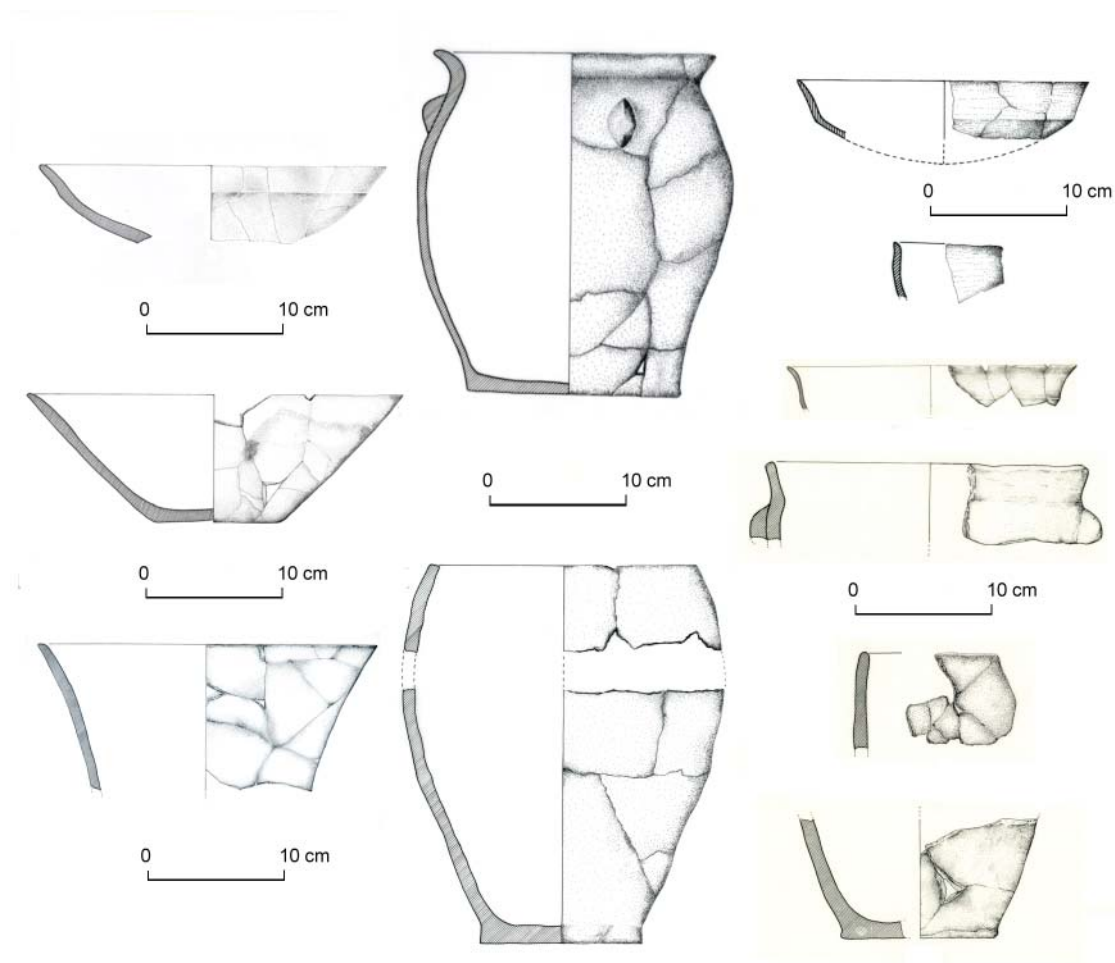


Fig. 24 Tipologías de cerámicas a mano del CPE

Los contextos materiales

A falta del estudio pormenorizado de los materiales, que desarrollamos actualmente, podemos apuntar algunas cuestiones de interés para dotar de contenido a los contextos que se han ido explicando hasta ahora. La cerámica constituye claramente el principal componente del registro arqueológico, aunque sea muy escasa. La razón hay que buscarla en un abandono pacífico y ordenado del yacimiento, típico de un traslado a un enclave mayor hacia el 700 a. C. (Fonteta). En las sucesivas prospecciones realizadas en el yacimiento antes de comenzar los sondeos, apenas si aparecieron algunos elementos cerámicos en superficie atribuibles a la fase I. No obstante, como ya se ha comentado, la excavación del paquete sedimentario procedente del interior de una de las casamatas de la muralla occidental nos permitió documentar una muestra significativa de material que, junto con el escaso registro del espacio intramuros y el recuperado en el interior de otras casamatas y compartimentos, constituye a día de hoy el volumen total del repertorio cerámico.

Un aspecto importante a reseñar, como ya hemos indicado en otros trabajos (García, 1995; 2010), es que en todos los contextos materiales registrados en

la fase I conviven las formas cerámicas hechas a mano con las realizadas a torno. Del conjunto inventariado, el registro de las cerámicas a torno obtienen el 38% de la producción, mientras que las cerámicas a mano alcanzan unos porcentajes del 60%, y, dentro de éstas, las cerámicas bruñidas el 11%. Sorprende la similitud de los porcentajes del registro cerámico a mano del Cabezo Pequeño del Estaño con los de la fase arcaica de Fonteta, de finales del siglo VIII a. C. (González, 2010b; Rouillard, 2010: 86).



Fig. 25- Elenco material a torno del CPE. Tipos característicos (nivel de abandono)

En esta producción vascular a mano local (Fig. 24) destacan los recipientes de superficies bruñidas, con formas de cuencos troncocónicos y fuentes de carenas altas, medias y suaves, cuyos paralelos encontramos en algunos yacimientos del Bronce Final y del Hierro Antiguo del Bajo Segura y del Bajo Vinalopó, como el caso del oriolano poblado de Los Saladares (Arteaga y Serna, 1979) o la Peña Negra, en Crevillente, (González, 1983: 71) así como las comúnmente conocidas como tacitas de “paredes finas”, presentes en algunos complejos materiales del Bronce Final Reciente del Sudeste peninsular. En paralelo se documentan otros recipientes de pastas groseras, mal acabadas, que representan tipos de orzas panzudas, con las paredes reentrantes y las bases planas, algunas de ellas con impronta de esterillas, amén de otras formas de

ollas ovoides con bases planas y cuello indicado o exvasado. Los paralelos cronológicos y formales para esta producción vascular la encontramos en facturas a mano de las fases orientalizantes de Peña Negra II y su necrópolis correspondiente de Moreres II, (González, 1983: 2002).

Junto a esta producción alfarera indígena, están presentes los productos torneados del horizonte colonial (Fig. 25): platos de engobe rojo, de borde reentrante del tipo D2 de Peña Negra (González, 1983: 163) y de ala, con bordes de 3,6 cm. de ancho del tipo D3 de Peña Negra y del tipo 18 de Fonteta (González, 1983; 2011). De las ánforas, los ejemplares registrados corresponden al tipo Rachgoun 1, o A1 (González, 1983) o T.10.1.2.1. (Ramón, 1995) y el tipo 1 de Fonteta (González, 2011). En el resto del repertorio vascular a torno del CPE también están representadas las cerámicas polícromas, como los *pithoi* de asas geminadas, las urnas tipo Cruz del Negro, así como cerámicas grises orientalizantes (Fig. 26).

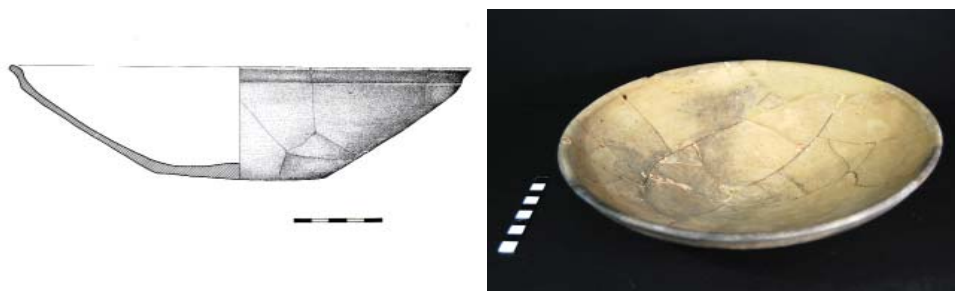


Fig. 26- Plato de cerámica gris del CPE

En el registro a torno del Cabezo Pequeño del Estaño, que ha sido documentado en los niveles de abandono está representada la producción vascular más característica del repertorio fenicio occidental, como se puede observar en las fases arcaicas de Toscanos I/II (Schubart y Niemeyer, 1969) y en Chorreras (Aubert, 1979), por citar un par de ejemplos de la costa andaluza, así como en las fases arcaicas del vecino asentamiento de Fonteta en sus fases I-III (González, 2011), con un marco cronológico que va desde mediados del siglo VIII a.C. hasta finales de ese mismo siglo o, como máximo, a principios del siglo VII a. C.

En lo que concierne a los metales, se han documentado algunos objetos de bronce: agujas de cabeza cónica, un cuchillo de hoja curva, etc., así como los primeros elementos de hierro, en forma de cuchillos afalcatados similares a los aludidos en el CDC. De terracota, se exhumaron un par de fusayolas y dos piezas vinculadas con la actividad metalúrgica: una tobera, de forma cilíndrica y de perforación central y varias punciones en la superficie externa, y otra pieza, de forma discoidal, con punciones y perforación central, con restos de metal incrustado.

CONSIDERACIONES FINALES

No cabe duda de que la realización de recintos amurallados, fortificaciones o complejos defensivos dio respuesta a las necesidades socioeconómicas e ideológicas de cada lugar. La construcción de estructuras arquitectónicas de carácter defensivo, por lo general, conllevó numerosas actuaciones de cara a garantizar la estabilidad territorial y, más concretamente, la de las ciudades y otros asentamientos menores, además de establecer límites tanto físicos como ideológicos (Garlan, 1992). Como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas, para organizar las defensas de estos dos enclaves coloniales fue necesaria una participación social muy coordinada que sólo pudo partir de una estructura política y económica muy fuerte y desarrollada, capaz de canalizar los esfuerzos de la comunidad en la ejecución de unas obras de carácter colectivo en las que, necesariamente, se debió emplear una mano de obra local.

Del estudio de estos dos casos en el marco del proceso colonial fenicio en occidente se desprende que el posterior desarrollo urbano no siguió un proceso lineal y sincrónico de cambio hacia un modelo más complejo de carácter oriental (Bueno, 1997: 45 ss.), sino hacia unas fórmulas híbridas, propias del mestizaje, pasada una o varias generaciones, como se puede comprobar en el caso de La Fonteta. El hecho de que aparezcan núcleos de poblamiento mixto (autóctonos-fenicios) que cambian su fisonomía tiene varias interpretaciones posibles: la génesis del urbanismo en la protohistoria peninsular se debe de entender como una decisión adquirida por parte de las élites locales y los recién llegados orientales por cohabitar en un mismo espacio (González Wagner, 2007: 43).

Con el paso del tiempo, pasado el primer impacto colonial, surgirá una nueva forma de ocupar el territorio que propiciará un cambio o una transformación del patrón de asentamiento, sugerido ya por varios investigadores (p. e. Nocete, 1984; López, 2008). Aparecerán centros nucleares con población mixta (caso de La Fonteta) cuya constatación arqueológica ha llegado a nuestros días a través de grandes poblados, en ocasiones fortificados, en torno a los que se extiende un importante territorio con diferentes recursos, según sea el caso, pero en la mayoría de las ocasiones con importantes tierras de labor y buenos pastos para el ganado. Utilizando términos de la Arqueología Espacial podríamos establecer un centro, en estos núcleos, ciudades o centros de poder, y una periferia, en las aldeas o asentamientos rurales autóctonas (Clarke, 1977).

En lo que concierne a las fortificaciones fenicias occidentales queremos resaltar de nuevo tres características comunes, que cumplen en cierta medida las murallas de la Bahía de Cádiz (Castillo de Doña Blanca y la del CDC), así como las del Bajo Segura (CPE y Fonteta): primero, la funcionalidad; se trata siempre de modelos arquitectónicos eficaces, eminentemente funcionales, capaces de cubrir las necesidades de protección de las personas y de los elementos de comercio; segundo, el aprovechamiento de los materiales de

construcción del entorno, tanto piedra como adobe, y el reemplazo de los modelos arquitectónicos defensivos preexistentes que, en muchos casos, fueron incorporados como parte activa de las nuevas defensas; y tercero, la adaptación al terreno, de ahí la diversidad de murallas dentro de un mismo tipo. Se trata de fortificaciones flexibles que están formadas por lienzos cosidos entre sí, muros de compartimentos, que presentan unas características propicias para adaptarse a los diferentes terrenos, generalmente costeros y abruptos, de fácil inundación o de elevada sismicidad (Prados y Blánquez, 2007: 57-58).

La cultura material recuperada está formada en su totalidad por las vajillas autóctonas y fenicias de uso doméstico, lo que evidencia la coexistencia de una población mixta desde fechas tempranas. Los enseres de uso doméstico como vajillas y contenedores de alimentos, los utensilios utilizados en su transformación, como molinos y piedras de moler, junto a objetos de adorno personal, nos permiten otorgar a estos asentamientos una funcionalidad clara de habitación y residencia, sin descartar la posible existencia de edificios religiosos, como ocurre en la mayoría de las ciudades orientales, con las que encontramos fuertes concomitancias. En paralelo, su estructura denota una necesidad de espacio útil para almacenaje, repitiendo un esquema bien conocido en el Mediterráneo oriental desde finales de la Edad del Bronce. Las características constructivas de estos enclaves en sus diferentes fases, así como los materiales muebles recuperados de variada procedencia (cerámica chipriota, fenicia oriental y occidental, elementos en pasta vítrea, cuchillos de hierro y de bronce, molinos de basalto, etc.) demuestran un contacto con otras culturas y la existencia de un importante comercio con otros puntos del Mediterráneo.

A pesar de los resultados del trabajo que aquí presentamos hay una cuestión que queremos subrayar: no se debería buscar en las fortificaciones de tipo oriental de la península Ibérica los patrones canónicos de las fortificaciones orientales. Se pueden establecer una serie de rasgos comunes a pesar de que no existen unos modelos fijos orientales que podamos ver reproducidos exactamente en el caso occidental. La razón es que en la propia Israel o Fenicia convivieron poblaciones que proyectaron un tipo de arquitectura defensiva muy heterogénea que mezcló elementos propios cananeos con otros tomados de las fortalezas urbanas asirias y persas, así como de los recintos fortificados del sur de Siria y de Egipto (Mazar, 1990). Los modelos resultantes son los que han ido apareciendo sucesivamente en distintos asentamientos de Chipre, del norte de África, de las islas centro-mediterráneas y de la propia península Ibérica.

Según apuntan distintos investigadores, los “casemate walls” de este tipo fueron reflejo y proyección de la personalidad colectiva de un pueblo (Mazar, 1995; Garfinkel y Ganor, 2008). Como murallas urbanas tuvieron un carácter emblemático, por lo que significan desde el punto de vista de la ideología y de las mentalidades (Berrocal-Rangel, 2004), pero no perdieron jamás su función eminentemente militar (Moret, 2001: 137). Uno de los

debates más recurrentes a la hora de estudiar las fortificaciones mediterráneas se centra en la discusión sobre los modelos difusionistas, apoyados en un “ex oriente lux” tecnológico y tipológico. Recientemente se han propuesto, por el contrario, modelos que defienden una evolución de las murallas del tercio sur peninsular a partir de la lectura en clave de “arqueología evolutiva” derivada de la aplicación de las tesis de C. Darwin (Escacena, 2002). Este planteamiento se basa en un razonamiento denominado “efecto fundador darwinista”, que explica cómo la llegada de una nueva especie a un territorio -en este caso, la de los comerciantes fenicios a la península Ibérica- no tuvo necesariamente que reproducir, en su totalidad, el conjunto de características de la población de la tierra de origen (Escacena, 2005). Creemos que es un argumento de peso para no buscar sistemáticamente, en el caso peninsular, repeticiones exactas de los modelos próximo-orientales, aunque tanto en el CDC como en el CPE contemos con unas defensas que se caracterizan por una más que llamativa similitud con ciertos tipos orientales.

No dejan de ser sugerentes estos planteamientos teóricos si bien otros investigadores no ven apenas indicios de novedades técnicas en las fortificaciones peninsulares de tipo oriental en relación con las que se construyeron en el mismo ámbito desde el Bronce Final (p.e. Moret, 2006: 138; Montanero, 2008: 106). En nuestra opinión, consideramos que las propuestas “autoctonistas” mantienen, en su argumentación, aspectos a tener en cuenta, aunque se podrían explicar por el uso sistemático de los materiales de construcción del entorno y por la mano de obra local, lo que técnicamente emparentaría a las fortificaciones, aunque no tipológicamente. Tampoco explicarían la existencia de los dos modelos aquí estudiados, sin parangón en el área local precolonial. Estamos de acuerdo en que uno de los principales problemas radica en la búsqueda en las colonias -por parte de los arqueólogos- de “réplicas fieles” de los modelos arquitectónicos que se desarrollaron en las metrópolis (Escacena, 2005: 201). Se trata de una cuestión primordial que, además, explicaría el porqué de la no reproducción, ni en la península Ibérica ni en otros ámbitos mediterráneos, de modelos idénticos a los fenicios, aunque sí parecidos, como sucede con las defensas del CPE o en las del CDC, hasta ahora las más próximas tipológicamente a los modelos orientales definidos como “casemate walls” (Bueno y Cerpa 2008; García y Prados, e.p.).

En contraposición a la complejidad tipológica, visible analizando la planta de ambos modelos, la sencillez de la obra se puede explicar porque la mano de obra efectiva que las realizó debió ser necesariamente autóctona, si bien los arquitectos que dirigieron aquellas distintas actuaciones y que eligieron el modelo más propicio para cada caso serían orientales -o de formación oriental-, sobre todo por el trabajo sobre plano y la modulación (usando un codo fenicio derivado del codo real egipcio de entre 0,50-0,55 cm, siempre combinado en unidades de tres y sus múltiplos). Esto explica que nos encontremos ante una arquitectura diseñada previamente, modulada según patrones

metrológicos orientales, pero de una factura y calidad inferior, como hemos observado recientemente en otros ejemplos arquitectónicos inmersos en un similar proceso orientalizante, caso del “santuario” del Castro dos Ratinhos en el Alentejo portugués (Prados, 2010: 268). Esta cuestión y el origen local de la mano de obra explicaría, por ejemplo, que el aspecto de la fortificación del CPE, sobre todo técnicamente, pueda relacionarse con ejemplos nativos como Caramoro II, en Elche, (González y Ruiz, 1992; González y García, 1998: 15), donde se observa un muro a plomada jalonado de dos taludes. Esta muralla de Caramoro II es similar a lo que se aprecia en una planimetría preliminar que se publicó del CPE anterior al descubrimiento de los compartimentos y del bastión dividido (García 1994 y 1995), lo que provocó algunos errores de identificación (Vives-Ferrándiz 2005: 184 y Fig. 98).



**Fig. 27- Vista de las casamatas del CDC, del CPE y de Khirbat Qeiyafa, ambas con giro a izquierda
(Foto autores y Garfinkel & Ganor, 2007)**

No encontramos, hasta el momento, otra explicación para comprender la tipología y la morfología constructiva de las defensas de casamatas occidentales, cuyos únicos paralelos plausibles hemos de buscarlos en la costa oriental mediterránea entre el siglo X y el IX a.C. concretamente en las defensas de los enclaves de Samaria, Hazor, Gezer, Tell en Gev, Tell en Nasbeh, Tell Beit Mirsim, Khirbet Qeiyafa, Tell Kabri o la propia Biblos (Albright, 1933; Leriche, 1992; Kempinski y Reich, 1992; Cecchini, 1995; Ben-Arieh, 2004; Ben-Tor, 1992; Garfinkel y Ganor, 2007 y 2008).

Los dos casos estudiados aquí ocupan lugares especialmente estratégicos pues poseen unas magníficas condiciones naturales de defensa. En primer lugar, hay que destacar su situación costera, si bien no en primera línea, pero junto a desembocaduras o espacios marismesños; en segundo lugar, su posición predominante sobre el territorio que los circundan, ya que ocupan en los dos casos cerros o cabezos que tienen una altura de entre 20-25 m con pronunciadas pendientes; en tercer lugar, su emplazamiento junto a importantes cursos fluviales, coincidentes en el flanco norte de la ciudad, que suponen una defensa natural que además sirve de vía de comunicación y varadero de barcos a resguardo de fuertes mareas y temporales. Las murallas descritas permiten delimitar y cercar el espacio y el sistema de casamatas o compartimentos facilita la perfecta adaptación al terreno costero.



Fig. 28 El CPE tras las limpiezas de 2013

El esfuerzo humano que conllevó la construcción de este tipo de infraestructura fue importante. Este hecho refleja necesariamente una organización del trabajo y, por tanto, una jerarquía y cierta desigualdad social entre arquitectos/artesanos/mano de obra. Por un lado estarían los conocedores de la técnica, arquitectos e ingenieros, y por otro, los ejecutores del trabajo, en claro reflejo del nuevo orden social. Las murallas se construye-

ron en ambos casos tras una preparación previa del terreno, excavando y rellenando zonas hasta conseguir un terreno nivelado. La técnica constructiva empleada, por su calidad y maestría, nos sugiere la existencia de personal cualificado y la utilización de elementos e instrumentos de construcción complejos, quizás no vistos hasta el momento en las costas del extremo occidente. Ya hemos subrayado que los materiales constructivos elegidos fueron locales, fundamentalmente piedra y arcilla, que fueron seleccionados, transportados y acumulados en el lugar con medios humanos y animales. A pie de obra canteros y constructores trabajarían en el alzado de muros, siguiendo los patrones dictados y empleando un módulo genérico de 1 a 3. Uno de los elementos que originó la aparición de este tipo de murallas dobles y huecas fue precisamente el ahorro de materia prima, es decir, su economía constructiva. En definitiva, una muralla de casamatas estaba preparada para tener un espesor total de unos 4 m, pero no era necesario que fuese maciza desde el principio.

Para concluir, subrayar que la razón de ser de estos enclaves fortificados con casamatas, a nuestro entender, tuvo que ver, aparte de con la necesidad de generar estructuras arquitectónicamente estables, con la necesidad de aunar capacidad de almacenaje y defensiva, debido a que en estas fases iniciales de la presencia colonial debieron ser frecuentes los intentos de saqueo y los asedios. No vemos hasta el momento elementos que apunten en otra dirección. Visiones menos violentas de la realidad colonial o defender procesos de hibridación en el marco de lecturas postcoloniales lo consideramos mucho más adecuado para un segundo momento del proceso, para una etapa posterior al primer impacto que, a tenor del registro material expuesto, debió de ser complejo y seguramente violento. Al fin y a al cabo ambos ejemplos se emplazaron en sendas puntas de lanza clavadas sobre los fértiles terrenos de Iberia a modo de avanzadillas de una nueva realidad económica, política y social. Las pautas de comportamiento, aunque con matices, fueron muy similares en ambos espacios, y la construcción de este tipo de defensa, de eficacia comprobada en otros terrenos de la colonización, respondió a una necesidad muy concreta y específica: resistir los envites y la resistencia de la comunidad local, quizás no tanto a ser colonizada en sentido amplio, sino a su justificada intención de obtener por la fuerza los beneficios del saqueo.

paloma.bueno@uca.es
agarciamenarguez@gmail.com
fernando.prados@ua.es

BIBLIOGRAFÍA

- ALBRIGHT, W.F. (1933): *The Archaeology of Palestine and the Bible*. Gorgias Press. New York.
- ARANCIBIA, A.; CISNEROS, M.I.; ESCALANTE, M. M.; FERNÁNDEZ, L. E.; MAYORGA, J. & SUÁREZ, J. (2006): *Memoria Arqueológica del Museo Picasso Málaga: desde los orígenes hasta el siglo V d.C.*, Museo Picasso. Málaga.
- ARTEAGA MATUTE, O. & SERNA, M.R. (1979-1980): "Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica". *Ampurias* 41: 65-126.
- AUBET, M.E.; MAAS LINDEMANN, G. & SCHUBART, H. (1979): "Chorreras. Un asentamiento fenicio al este de la desembocadura del Algarrobo". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6: 89-138.
- BADIA GARCÍA, J. & PÉREZ MACÍAS, J.A. (1992): *Excavaciones arqueológicas en la muralla tartésica de Niebla. Los cortes II-III/92. Cuadernos Temáticos 6 del Museo de Huelva*. Huelva.
- BARRIER, P. & MONTENAT, C. (2007): "Le paysage de l'époque protohistorique à l'embouchure du Segura. Approche paléogéographique", en ROUILLARD, P. et alii. (eds.): *Fouilles à la Rábita de Guardamar, II (Guardamar del Segura, Alicante). L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII^e Fin VI^e s. av. J.-C.)*. Casa de Velázquez, Madrid: 7-21.
- BELÉN DEAMOS, M. & PEREIRA SIESO, J. (1993): "Cerámica a torno con decoración pintada en Andalucía". *Huelva Arqueológica* 7: 326-336.
- BENDALA GALÁN, M. & BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (2005): "Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 28-29: 145-160.
- BEN-ARIEH, S. (2004): *Bronze and Iron Age tombs at Tell Beit Mirsim*. IAA Reports 23. Jerusalem.
- BEN-TOR A. (1992): *The archaeology of ancient Israel*. Open University of Israel. New Haven.
- BERROCAL RANGEL, L. (2004): "La defensa de la comunidad: Sobre las fundaciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica". *Gladius* XXIV: 27-98.
- BIKAI, P. (1971): *The Pottery of Tyre*, Warminster.
- BUENO SERRANO, P. (1997): "Tartesios y fenicios: Protagonistas de un acercamiento entre culturas". *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena: 45-55.
- (2010): "El tránsito Bronce Final-Hierro I en la campiña gaditana (El Puerto de Santa María, Rota y Sanlúcar de Barrameda)". *Cuaternario y Arqueología. Homenaje a Francisco Giles Pacheco*, Cádiz, 245-252.

- BUENO SERRANO, P. & CERPA NIÑO, J.A. (2008): “Un nuevo enclave fenicio descubierto en la Bahía de Cádiz: El Cerro del Castillo, Chiclana, Cádiz”. *Spal* 17: 169-206.
- BURKE (2008): *Walled Up to Heaven: The Evolution of Middle Bronze Age Fortification Strategies in the Levant*.
- CARO, A. (1989): *Cerámica Gris a Torno Tartesia*, Universidad de Cádiz.
- CECCHINI, S.M. (1995): “Architecture militaire, civile et domestique partim Orient”, en V. Krings (ed.): *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche*. Brill. Leiden: 389-395.
- CLARKE, D.L. (1977): *Spatial Archaeological*. London.
- CÓRDOBA ALONSO, I. & RUIZ MATA., D. (2000): “Sobre la construcción de la estructura tumular del Túmulo 1 de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca)”. *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*. Cádiz: 759-770.
- DÍES CUSÍ, E. (2001): “La influencia de la arquitectura fenicia en la arquitectura indígena de la Península Ibérica (s. VIII-VII a.C.)”, en RUIZ MATA, D. & CELESTINO, S. (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Centro de Estudios del Próximo Oriente. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 69-121.
- DUCREY, P. (1995): “La muraille est-elle un élément constitutif d’une cité”, en HANSEN, M. H. (ed.) *Sources for the Ancient Greek City-State*. Copenhagen 1995: 245-256.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1989): “Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida”, en AUBET, M. E. (ed.): *Tartessos: Arqueología Protohistórica del bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- (2002): “Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis Darwinista”, *Spal* 11: 69-105.
- (2005): “Darwin y Tartessos», en CELESTINO, S. & JIMÉNEZ, J. (eds.): *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anales de AEspA XXXV*: 189-219.
- FERRER GARCIA, C. (2010): “El medio físico de la Vega Baja y el litoral de Guardamar: la génesis cultural de un paisaje”. *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*. Catálogo de la Exposición. MARQ. Alicante: 32-45.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1994): “El Cabezo Pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura.” *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura (Cartagena, 17-19 de noviembre de 1990)*. Murcia: 269-280.
- (1995): “Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en el tramo inferior del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)”. *XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Vigo: 225-229.
- (2010): “Guardamar. Arqueología y Museo”. *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante: 10-31.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. & PRADOS MARTÍNEZ (e.p.): “El Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante). Nuevas aportaciones al estudio de la presencia fenicia en la península Ibérica”. *Trabajos de Prehistoria*, 2014.

- GARCÍA SANZ, C. & RUFETE TOMICO, P. (1995): *La ciudad de Tejada la Vieja*. Diputación Provincial de Huelva.
- GARFINKEL, Y. & GANOR S. (2007): "Khibert Qeiyafa: Sha'Arayim...". *The Journal of Hebrew Scriptures*, Vol 8, Art. 22. <http://www.jhonline.org>.
- (2008): "Khirbet Qeiyafa: A Fortified Border City between Judah and Philistia", en AMIT, D. & STIBEL, G. (eds.): *New Studies in the Archaeology of Jerusalem and its Region*. 2, Jerusalem: 122-133.
- (2009): *Khirbet Qeiyafa Vol. 1. The 2007-2008 Excavation seasons*. Israel Exploration Society. Jerusalem.
- GARLAN, Y. (1992): "La fortification, un fait de civilisation". *Les Dossiers d'Archéologie* 172. Monographique. Dijon.
- GEVA, S. (1989): *Hazor, Israel. British Archaeological Reports*. Archaeopress. Oxford.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante), Lucentum, Anejo I*, Alicante.
- (2002): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)*, Universidad de Alicante-Seminario sobre temas fenicios, Alicante.
- (2010a): "La presencia fenicia en el Bajo Segura", en *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante: 58-65.
- (2010b): "La colonia fenicia de La Fonteta", en *En Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante: 66-79.
- (2011): *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*, Vol. 1. Universidad de Alicante, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; GARCÍA MENÁRGUEZ, A. y RUIZ SEGURA, E. (1997): "Memoria preliminar de la segunda campaña de excavaciones ordinarias en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar(Alicante)". *La Cerámica Fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio. Actas del I Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. & GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1998): *Las cerámicas fenicias de la provincia de Alicante. Exposición Monográfica*. Edición del Seminario Internacional sobre Temas Fenicios. Guardamar del Segura.
- (2000): "El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)". *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*. Cádiz: 1527-1537.
- GONZÁLEZ PRATS, A. & RUIZ SEGURA, E. (1992): "Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Segura". *Trabajos Varios del S.I.P. 89, Homenaje a Enrique Plá Ballster*. Valencia: 17-27.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2000): "Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo", en FERNÁNDEZ URIEL, P;

- WAGNER, C.G. & LÓPEZ PARDO, F. (eds.): *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, CEFYP. Madrid: 79-91.
- (2007): "El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas", en LÓPEZ CASTRO, J. L. (ed.): *Las ciudades fenicias y púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Universidad de Almería. Almería: 43-68.
- HERZOG, Z., ed. (1984): *Beer-sheba II*. Tel Aviv.
- (1992): Settlement and fortification planning in the Iron Age. *The architecture of ancient Israel. From the prehistoric to the Persian periods*. pp. 231-274.
- (1993): "Tell Beersheba", en STERN, E. (Ed.): *The New Encyclopedia of Archaeological excavations in the Holy Land*. Jerusalem.
- KARAGEORGHIS, V. et alii (1981): *Excavations at Kition IV the non-cypriote pottery*. Archaeologia Mundi, Cyprus-Nicosia.
- KEMPINSKI, A. y REICH, R. (1992): *The Architecture of Ancient Israel. From the Prehistoric to the Persian Periods*. Biblical Archaeology Society. Jerusalem.
- LERICHE, P. (1992): "Fortifications 1. Orient", en LIPINSKI, E. (ed.): *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*. Brepols. Paris: 172-175.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2008): «El poblamiento rural fenicio en el sur de la Península Ibérica entre los siglos VI a III a.C.». *Gerion* 26.1: 149-182.
- LÓPEZ MULLOR, A. (2011): "La muralla principal de l'oppidum ibèric del Montgròs (el Brull) i les seves defenses perifèriques". *Revista d'Arqueologia de Ponent* 21: 141-156.
- MARTÍN CAMINO, M. (1993): "La muralla púnica de Cartagena: valoración arqueológica y análisis epigráfico de sus materiales". *Aula Orientalis* 11.2: 161-171.
- MAZAR, A. (1990): *Archaeology of the Land of the Bible, 10.000 - 586 B.C.E*. Bantam Doubleday Dell Publishing Group. New York.
- (1995): "Fortifications of Cities", en SASSON, J. (ed.): *Civilizations of the Ancient Near East*, Vol. III. Hendrickson. New York: 1523-1538.
- MONTANERO VICO, D. (2008): "Los sistemas defensivos de origen fenicio-púnico del sureste peninsular (siglos VIII-III a.C.): nuevas interpretaciones", en COSTA, B. & FERNÁNDEZ, J. (eds.): *Arquitectura defensiva fenicio-púnica, XXII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa 2007)*. Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa i Formentera 61, Ibiza: 91-144.
- MORENO NUÑO, R. (1996): *Informe del estudio faunístico del yacimiento fenicio del Cabezo Pequeño del Estañó de Guardamar (Alicante)*. Original depositado en el Museo Arqueológico de Guardamar del Segura.
- MORET, P. (2001): "Del buen uso de las murallas ibéricas", *Gladius* 21: 137-144.
- (2006): "L'Enceinte", en ROUILLARD, P. et alii. (eds.): *Fouilles à la Rábita de Guardamar, II (Guardamar del Segura, Alicante)*. L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII^e Fin VI^e s. av. J.-C.). Casa de Velázquez, Madrid: 126-155.

- (2008): "Turó del Montgròs (el Brull, Barcelone). Les fortifications à casemates de la haute vallée du Ter". *Recherches historiques et archéologiques sur l'Ibérie Antique*, vol. 2. *Mémoire d'habilitation*, Université de Toulouse-Le Mirail. Toulouse.
- NEGUERUELA, I. (1983): "Sobre la cerámica de engobe rojo en España", *Habis X-XI*, Sevilla 1979-80, pp. 335-359;
- (1983): "Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica", *Homenaje al profesor Almagro Basch*, VOL. 2, Madrid : 259-279.
- NOCETE CALVO, F. (1992): "Jefatura y territorio: una visión crítica". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9: 289-304.
- NUÑEZ CALVO, F.J. (2008): Western challenges to East Mediterranean chronological frameworks. *A New Dawn for the Dark Age?: Shifting Paradigms in Mediterranean Iron Age Chronology*. pp. 3-27.
- (2010): Referencias secuenciales del repertorio cerámico fenicio metropolitano de la Edad del Hierro Tardío. *Motya and the Phoenician Ceramic Repertoire between the Levant and the West – 9th - 6th century BC*. pp. 49-83.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2003): *Introducción al estudio de la arquitectura púnica*. UAM Ediciones. Madrid.
- (2007): *Los Fenicios, del monte Líbano a las columnas de Hércules*. Marcial Pons. Madrid.
- (2010): "La Arquitectura Sagrada. Un santuario del siglo IX a.C.", en SILVA, A. C. & BERROCAL, L. (eds.): *O Castro dos Ratinhos. Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana*. Museu Nacional de Arqueología. Lisboa: 259-276.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. & BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (2007): "Las fortificaciones coloniales en la Península Ibérica: de los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos", en BERROCAL, L. & MORET, P. (eds.): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia. Madrid: 57-80.
- QUESADA SANZ, F. (2007): "Asedio, sitio, asalto aspectos prácticos de la poliorcética en la Iberia prerromana", en BERROCAL-RANGEL, L. & MORET, P. (eds.): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto Europeo*, Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, pp. 75-98.
- RAMÓN TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. (1999): "El asentamiento rural romano del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante) y el poblamiento del Bajo Segura". *Alquibla, Revista de Investigación del Bajo Segura* 5. Murcia.

- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J., & MARTÍNEZ, S. (1998): *Carteia* I. UAM Ediciones. Madrid.
- ROUILLARD, P. (2010): "La Fonteta/Rábita (Guardamar del Segura, Alicante): las excavaciones hispano-francesas, 1996-2011", en *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante: 80-89.
- RUIZ MATA, D. (1993): "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico". *Tartessos 25 años después, 1968-2003 Jerez. Actas del Congreso Commemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez* (Cádiz): 265-314.
- RUIZ MATA, D. & PÉREZ, C. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Biblioteca de Temas Portuenses. Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO, V.M.; GALINDO SAN JOSÉ, L.; JUZGADO NAVARRO, M., & DUMAS PEÑUELAS, M. (2011): "La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX y VIII a.C. y su relación con el Mediterráneo" en DOMÍNGUEZ PÉREZ, J. C. (ed.): *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la Arqueología desde un enfoque social*, Monografías Historia y Arte, UCA. Cádiz: 187-197.
- SANMARTÍ (2012): El Castellet de Banyoles (Tivissa): Una ciudad ibérica en el curso inferior del río Ebro. *Archivo Español de Arqueología* 85, pp. 43-63.
- SCHUBART, H. (1990): "Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 87, 1990: 220-227.
- SCHUBART, H. & NIEMEYER, H.G. (1969-70): "Excavaciones paleopúnicas en la zona de Torre del Mar", *Noticiario Arqueológico Hispánico XIII-XIV*: 353-383.
- VALLEJO SÁNCHEZ, I. (1989): "Las decoraciones bruñidas en las cerámicas grises orientalizantes", *Spal* 8: 85-100.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 12. Barcelona.
- YADIN (1966): *Masada : Herod's fortress and the Zealot's last stand*, Jerusalem.
- (1975): *Hazor: Rediscovery of a Great Citadel of the Bible*. Random House. Littlehampton.
- YADIN, Y. et alii (1961): *The James A. de Rothschild expedition at Hazor II-IV, 3ª y 4ª seasons of excavations, 1957-1958*, Jerusalem.